



Casa abierta al tiempo

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO**

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

REDES SOCIALES Y LAS TRANSFORMACIONES EN LA PROTESTA SOCIAL. IDENTIDADES
COLECTIVAS DIGITALES Y LAS POLÍTICAS PÚBLICAS

TRABAJO TERMINAL
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN POLÍTICA Y GESTIÓN SOCIAL

P R E S E N T A:

MARTINEZ GUTIERREZ Yael

ASESORA:

DRA. DIANA KARIMMI CORONA SOLIS

CIUDAD DE MÉXICO

SEPTIEMBRE, 2025

Agradecimientos

Nada define mejor este camino que las personas que me sostuvieron en él; su compañía y apoyo dieron sentido y fuerza a cada paso que di.

A mis padres, Socorro y Juan Carlos, no hay palabras que alcancen para expresar lo que significan para mí. Todo lo que hoy celebro nace de lo que ustedes sembraron en mí y es el reflejo de lo que juntos hemos recorrido. Gracias por estar, por creer en mí y por acompañarme siempre. Los amo profundamente.

Mi gratitud incondicional a mi asesora de tesis, la Dra. Diana Karimmi Corona Solís. Gracias por creer y acompañarme con esa guía tan humana que la caracteriza que hizo que este proceso se sintiera posible. Su apoyo, sus tiempos y sus palabras marcaron una diferencia real en este camino. Aprecio profundamente todo lo que hizo por este trabajo y por mí.

A mis hermanos, Carlos y Miriam, que en sus formas tan distintas siempre supieron quererme incondicionalmente, gracias por ser mis cómplices de vida. Los quiero mucho.

A mis amigos, gracias por permitirme ser parte de sus vidas y acompañarme en cada etapa de este camino. Sus formas tan suyas, su compañía sincera y su cariño hicieron que todo lo que vivimos juntos tenga un lugar importante en mi vida. Los llevo siempre.

A quienes ya no están conmigo, pero cuya influencia sigue presente en mi vida. Sé que estarían orgullosos y agradezco todo lo que me enseñaron. Siempre los recordaré con cariño.

Índice

Introducción.....	4
Capítulo I. Elementos teóricos sobre la producción del espacio, subjetividad política, comunicación, ética y narrativa en la protesta social y la gobernanza digital.....	8
I.1. Producción del espacio y las nuevas formas de apropiación ciudadana	9
I.2 Subjetividad política, modernidad y emancipación	20
I.2.1. La formación del sujeto crítico en la modernidad, según Luis Villoro	20
I.2.2. La alineación y la posibilidad de autorrealización en la sociedad digital, un acercamiento desde el pensamiento de Erich Fromm y Karl Marx	22
I.2.3. El espacio físico y las redes sociales en el proceso de la construcción de la identidad, de la autonomía y de la conciencia colectiva	25
I.3. Comunicación, ética y narrativa de la protesta social	29
I.3.1. Comunicación como una herramienta esencial para la transformación social. Una perspectiva desde Ryszard Kapuściński	29
I.3.2. Tipologías sobre ética, responsabilidad, empatía y construcción de los relatos como fundamentos en la esfera pública digital.....	31
I.3.3. Narrativas físicas y digitales, y el impacto en la gobernanza y en la formulación de políticas públicas	32
Capítulo II. Testigos del cambio. Cronología de la movilización social en la era digital.....	36
II.1 Movilización Social antes de la Era Digital. Modelos Tradicionales y las dinámicas de las Protesta en el Espacio Social.....	38
II.1.1 Movilización social en la era pre-digital. Apropiación del espacio público para la difusión de demandas	49
II.1.2 Limitaciones de los Modelos Tradicionales de la Protesta Social	55
II.2 Reconfiguraciones en la acción colectiva. Del activismo tradicional al digital	63
II.3 El espacio digital como elemento de organización y difusión de los movimientos sociales en el espacio público	72
Capítulo III. Transformaciones sociales desde la protesta digital: espacio, construcción colectiva, narrativas e incidencia en la formulación de política pública	81
III. 1 Resignificación del espacio social en la protesta social.....	82

III.2 Construcción de identidades colectivas en la era digital	86
III.3 Narrativas digitales y su incidencia en la esfera pública y en las políticas públicas.....	90
Conclusiones.....	97
Referencias	100

Introducción

En la actualidad, el estudio de la protesta social es clave para entender cómo se transforman las políticas y la cultura en la sociedad moderna. Esto ha tomado una importancia especial, debido a una serie de condiciones históricas, sociales y tecnológicas que hacen de ella un lugar muy importante para las movilizaciones ciudadanas. Aunque las luchas sociales no son algo nuevo, hemos visto una transformación radical en cómo se llevan a cabo, principalmente por el papel central que han tomado las redes sociales como herramientas de acción política.

En este contexto, las plataformas digitales han pasado de ser simples medios de comunicación entre personas a convertirse en espacios donde las personas se reúnen, organizan y visibilizan sus demandas colectivas. El activismo digital ha cambiado la forma en que los movimientos sociales planifican, convocan y difunden sus mensajes, impactando directamente en la manera en que se configura el espacio público. Por eso, las protestas ya no se limitan solo a ocupar calles y plazas, sino que también se extienden al espacio virtual, donde las formas de expresar y amplificar la acción colectiva se han diversificado y fortalecido.

Este trabajo busca entender cómo las redes sociales han impactado en la forma en que las protestas sociales han cambiado y cómo esto ha influido en las políticas públicas. La idea surge de la necesidad de comprender cómo lo digital, junto con las acciones en las prácticas presenciales, han cambiado las formas tradicionales de movilización y han creado nuevos mecanismos para presionar al Estado.

La pregunta principal que guía este análisis es: ¿De qué manera las redes sociales han modificado las formas de protesta y qué efecto han tenido en la creación de políticas públicas?. Esta cuestión conecta la tecnología con lo político, demostrando que los movimientos sociales no solo buscan resistir, sino que también tienen la capacidad de influir en las decisiones del gobierno y en la agenda política.

En este sentido, funcionan como un espacio en el que se puede observar claramente cómo interactúan lo digital y lo presencial. La capital concentra muchas expresiones de descontento ciudadano y, además, alberga las principales

instituciones políticas del país. Gracias a esto, las protestas locales han llegado a tener repercusiones a nivel nacional e incluso internacional, llevando sus demandas más allá de sus fronteras gracias a un uso estratégico de las redes sociales.

Los cambios que se han visto no se pueden entender solo como una modificación en los medios de comunicación usados por los movimientos sociales. Es un proceso mucho más complejo, que incluye cómo se redefinen los espacios urbanos y digitales, cómo se construyen nuevas formas de identidad política y cómo se crean narrativas colectivas que legitiman las demandas ciudadanas. En este marco, lo digital no reemplaza a lo presencial, sino que lo complementa y lo potencia, formando nuevas formas híbridas de protesta.

Este trabajo parte de la idea de que las redes sociales han ampliado la forma en que la gente participa en la vida pública, facilitando el acceso a información, permitiendo coordinar acciones en tiempo real y creando comunidades en línea que comparten causas comunes. Gracias a estas características, sectores que antes estaban marginados ahora encuentran espacios donde pueden ser vistos y expresarse, lo que fortalece la capacidad de los movimientos sociales para presionar tanto a nivel social como político.

Al mismo tiempo, es importante reconocer que el activismo digital no está exento de desafíos. La censura, la vigilancia constante, la manipulación de los algoritmos y las desigualdades en el acceso a tecnología son obstáculos que impactan en la efectividad de las protestas en línea. Estos problemas dejan que las redes sociales no son espacios neutrales; en realidad, son espacios en disputa donde intereses políticos, económicos y sociales se entrelazan, influyendo en la manera en que las demandas ciudadanas circulan y se hacen visibles.

Analizar este fenómeno es fundamental para entender cómo la acción colectiva ha influido en la creación de políticas públicas. Varias movilizaciones han logrado que sus demandas sean tomadas en cuenta en la agenda gubernamental, demostrando que las protestas sociales no solo sirven para expresar inconformidades, sino también para proponer soluciones. Las redes sociales han ayudado mucho en esto,

amplificando las voces de los movimientos y ejerciendo mayor presión sobre las instituciones.

Este trabajo se organiza en varios aspectos que facilitan una comprensión completa de cómo han cambiado las formas de protesta social. Primero, se analiza cómo se construyen los espacios como lugares de resistencia y resignificación, tanto en lo urbano como en lo digital. Luego, se identifica la importancia de la subjetividad política en la formación de identidades colectivas, memorias y emociones que impulsan las movilizaciones. Por último, se examina la dimensión comunicativa y narrativa de las protestas, resaltando cómo las redes sociales ayudan a crear relatos compartidos que legitiman las demandas ciudadanas.

Desde esta perspectiva, el estudio no solo describe cómo han cambiado las formas de protestar, sino que también busca entender qué implicaciones tienen tanto en la política como en la sociedad. Reflexionar sobre cómo lo digital y lo presencial interactúan nos ayuda a ver tanto las oportunidades como los riesgos que trae la acción colectiva en la era digital, ofreciendo una mirada crítica a lo que puede y no puede lograr.

Además, la investigación pretende aportar a los debates sobre la democracia y la participación ciudadana. Cuando la protesta social se vuelve un fenómeno híbrido, pone en evidencia las tensiones entre lo que los ciudadanos exigen y cómo las instituciones responden. Esto muestra la importancia de construir formas de gobernar que sean más abiertas e inclusivas. En este contexto, las redes sociales se presentan como herramientas con ambos lados: por un lado, facilitan la participación; por otro, están sujetas a controles y exclusiones.

De este modo, el estudio se une a una discusión más amplia sobre qué papel juegan los movimientos sociales en la construcción de sociedades más justas y democráticas. Entender cómo las redes sociales han cambiado las formas de protesta no solo ayuda a explicar lo que sucede aquí, sino que también a reflexionar sobre los cambios estructurales que enfrentan las sociedades actuales en general.

En resumen, esta investigación parte de la idea de que las transformaciones en la protesta social son parte de un proceso histórico más amplio, donde la tecnología y la participación ciudadana se vinculan para crear nuevas formas de resistencia y expresión. Analizar esto nos permite ver cómo lo digital y lo presencial se combinan para abrir caminos hacia la justicia, la inclusión y la democracia.

Capítulo I. Elementos teóricos sobre la producción del espacio, subjetividad política, comunicación, ética y narrativa en la protesta social y la gobernanza digital

La transición de la organización y difusión de las protestas sociales dentro de las plazas públicas hacia los espacios virtuales en la era digital han transformado el terreno, el activismo y el desenvolvimiento de las relaciones entre la ciudadanía, el gobierno y las políticas públicas para atender las demandas de la protesta social. Esto ha reconfigurado la composición de la acción colectiva, es decir, existen nuevas formas de movilización que integran la ocupación física del espacio público con la creación y la transformación de los espacios virtuales donde se organizan, desarrollan y se constituyen los discursos y las demandas de diversos individuos que conforman las comunidades de resistencia.

Ante esta realidad, resulta necesario exponer a nivel teórico las nuevas formas de acción colectiva en el espacio digital y la relación con el espacio público y los componentes que estructuran el nuevo activismo, el cual desafía los usos tradicionales de apropiación del espacio como la ocupación de las calles con marchas y plantones de las organizaciones mediante sindicatos, líderes u organizaciones sin fines de lucro. Se trata de presentar un marco conceptual sobre las características de la protesta social contemporánea.

En este sentido, el objetivo del capítulo se centra en exponer la base conceptual que permita describir las nuevas formas y las características estructurales y simbólicas que sustentan la protesta social en la era digital, y el vínculo con las acciones entre las necesidades de la ciudadanía y las políticas públicas del gobierno. Para lograr este objetivo, el capítulo se divide en tres apartados. En el primero, se presenta el concepto de la producción del espacio y las nuevas formas de apropiación ciudadana, tomando como punto de partida la idea del espacio como construcción social de Henri Lefebvre. En este mismo apartado, se expone de qué manera los movimientos sociales se desenvuelven en un entorno de símbolos que están dentro del espacio urbano, mismos que son usados no sólo a través de la

ocupación física del espacio público sino también por medio del espacio y de los medios digitales.

En el segundo, se presenta el concepto de la subjetividad política, la modernidad y la emancipación para explicar cómo se configura el sujeto crítico desde la perspectiva de modernidad de Luis Villoro; y la crítica de la alienación a partir del pensamiento de Erich Fromm y Karl Marx. Estos autores permiten comprender de qué manera el espacio social, que contempla el espacio urbano, rural y el digital, es el lugar en donde se produce la formación y la apropiación de la identidad, la autonomía, la conciencia colectiva y la conformación de las demandas de los colectivos.

En el tercero, se aborda la concepción de la comunicación, la ética y la narrativa en la protesta social, considerando la comunicación como un instrumento que puede convertirse en una característica del cambio social, como lo plantea Ryszard Kapuściński en su libro *El periodismo no es para los cínicos*. Los elementos sobre ética, responsabilidad y narración se identifican como argumentos importantes para desarrollar el proceso de las intervenciones y apropiaciones colectivas en el espacio público.

1.1. Producción del espacio y las nuevas formas de apropiación ciudadana

La movilización de los colectivos activistas y la difusión de las demandas han presentado un proceso de transición del uso del espacio urbano y rural hacia la incorporación del uso del espacio digital a nivel internacional para trascender las limitantes que el espacio físico y el dominio de los medios de comunicación tradicional como la televisión y la radio tienen sobre los colectivos. Esa transformación guarda una estrecha relación con las reconfiguraciones de las formas y de las funciones del espacio social y la dinámica de las relaciones de acumulación y dominación de la reproducción del capital que son guiadas por las empresas y el estado dentro del espacio social. En este sentido, los aportes de Henri Lefebvre (1974) sobre la idea de que el espacio social es el lugar en donde se constituye la apropiación y la resignificación del espacio social mediante las luchas o la acción colectiva o individual de la población en contra de las imposiciones de

las actividades de las empresas y del estado, es fundamental para comprender el actual activismo colectivo digital y la relación que tiene con el espacio urbano y rural respecto a las manifestaciones y las demandas de los colectivos sobre la acción, el diseño y la implementación de las políticas públicas.

“El concepto de la producción del espacio está naciendo como la realidad en sí misma a la que corresponde... [E]l espacio está siendo producido de manera apabullante, incierta, caótica a veces, contraria a la producción en el espacio... El concepto de la producción del espacio desarrolla un concepto ya muy conocido, clásico, reiterativo: el de producción, pero indica un cambio en la producción, en las fuerzas productivas; se pasa de la producción en el espacio a la producción del espacio... El espacio social se ha convertido en un producto y un elemento de las fuerzas de producción del capitalismo porque el capitalismo ya no se apoya solamente sobre las empresas y el mercado, sino que también sobre el espacio... [E]l espacio entero ha sido integrado al mercado y a la producción industrial a la vez que este espacio ha sido transformado... cualitativa y cuantitativamente” (Lefebvre, 1974: 219-221).

Las reconfiguraciones del espacio social a través de la producción en el espacio y del espacio, modifican la cotidianidad de la población, de los trabajadores de diversas formas, porque la vida cotidiana incluye los extremos de la recreación colectiva hasta los procesos de explotación y despojo de la tierra. Eso procesos inherentes al capitalismo han provocado a nivel global que diversos grupos sociales de distintos niveles de ingreso económico, dentro y fuera del espacio urbano, organicen y manifiesten las inconformidades que las transformaciones espaciales tienen sobre la experiencia de la vida.

Es cierto que, las formas tradicionales de las protestas a través de los sindicatos de los trabajadores, los diversos colectivos activistas y las organizaciones sin fines de lucro mantenían, hasta cierto grado, una organización cerrada a las necesidades que cada grupo enfrentaba en este proceso de producción y reproducción espacial. Sin embargo, actualmente, y gracias a los medios de comunicación que están dentro del espacio digital, distintos grupos participan dentro de un mismo activismo colectivo desde diversas partes del mundo. Pero lo que también es una realidad, es que, como lo concibe Lefebvre, el espacio virtual, una parte del espacio social, que hoy en día conocemos como el espacio digital; al ser un producto de las relaciones

capitalistas está asociado a la búsqueda de la ganancia. En este sentido, el espacio digital, se convierte en un espacio limitante mediado por el ciber espionaje, el cierre de cuentas de las redes sociales por parte de los desarrolladores y dueños hasta llegar a la producción y venta de noticias falsas. Es por esta razón, que el vínculo entre las formas del espacio social, digital-urbano-rural y rural-urbano-digital, sigue siendo fundamental para organizar, realizar y difundir las demandas sociales de los colectivos a nivel local, regional e internacional.

Hablar del espacio social y la manera en que las relaciones capitalistas fundamentadas en las reconfiguraciones del espacio social y de los productos del trabajo para la acumulación del capital, desde la visión de Lefebvre, implica exponer las relaciones conceptuales entre las prácticas espaciales, las representaciones del espacio y los espacios de representación porque guardan un vínculo con la continua transformación de la vida cotidiana, las relaciones de poder y los procesos de cambio sociales que se construyen y constituyen dentro del espacio social.

*“La práctica espacial de una sociedad secreta su espacio; lo postula y lo supone en una interacción dialéctica; lo produce lenta y serenamente dominándolo y apropiándose de él. Desde el punto de vista analítico, la práctica espacial de una sociedad se descubre al descubrir su espacio... Expresa una estrecha asociación en el espacio percibido entre la realidad cotidiana (el uso del tiempo) y la realidad urbana (las rutas y redes que se ligan a los lugares de trabajo, de vida <<privada>>, de ocio). Sin duda, esta asociación es sorprendente pues incluye la separación más extrema entre los lugares que vincula. La competencia y la *performance* espaciales propias de cada miembro de la sociedad sólo son apreciables empíricamente. La práctica espacial <<moderna>> se define así por la vida cotidiana de un habitante de vivienda social en la periferia... sin que esto nos autorice a dejar de lado las autopistas o la política de transporte aéreo. Una práctica espacial debe poseer cierta cohesión, sin que esto sea equivalente a coherencia (en el sentido de intelectualmente elaborada, concebida lógicamente)”* (Ibíd:97)

El vínculo entre la *práctica espacial* y los otros dos conceptos guarda una relación estrecha e inseparable, primero, la *práctica espacial* está relacionada con los procesos de producción de las mercancías a través de la explotación de los trabajadores y la movilización de los flujos del capital a nivel global. Flujos que reconfiguran las propiedades intrínsecas de las mercancías y las condiciones de vida de los trabajadores, por un lado, al ser en sí una mercancía, y las formas y las

funciones de espacio social, lugar de tránsito del hábitat al trabajo y del trabajo a los espacios de recreación colectiva, por otro lado. Es decir, *la práctica espacial* hace referencia a la cohesión social que las empresas privadas en conjunto con el marco jurídico institucional del gobierno tienen sobre las relaciones de trabajo y las transformaciones del espacio social.

Segundo, tanto los espacios de trabajo como los espacios de tránsito de los trabajadores y de todo tipo de mercancías son organizados mediante fragmentaciones del espacio social, lo cual hace uso de la ciencia y los números, la planeación, la arquitectura, el diseño y hasta los símbolos que están sobre la urbe como los semáforos y los pasos peatonales para reorganizar cada día de forma coercitiva e incoherente la reproducción de las relaciones de dominación del capital. Este tipo de representación, Lefebvre la denomina como *las representaciones del espacio*. “[E]s decir, el espacio concebido, el espacio de los científicos, planificadores, urbanistas, tecnócratas fragmentadores, ingenieros sociales y hasta cierto tipo de artistas próximos a la cientificidad, todos los cuales identifican lo percibido con lo concebido (lo que perpetua las Arcanas especulaciones sobre los Números: el número áureo, los módulos, los cánones, etc.). Es el espacio dominante en cualquier sociedad (o modo de producción). Las concepciones del espacio tenderían... hacia un sistema de signos verbales –intelectualmente elaborados” (Ibíd: 97).

Tercero, y fundamental para Lefebvre, los *espacios de representación*:

“es decir, el espacio vivido a través de las imágenes y los símbolos que lo acompañan, y de ahí, pues, el espacio de los <<habitantes>> de los <<usuarios>, pero también el de aquellos artistas y novelistas que *describen* y solo aspiran a describir. Se trata del espacio dominado, esto es, pasivamente experimentado, que la imaginación desea modificar y tomar. Recubre el espacio físico utilizando simbólicamente sus objetos. Por consiguiente, esos espacios de representación mostrarían una tendencia... hacia sistemas más o menos coherentes de símbolos y signos no verbales” (Ibíd: 98)

Los espacios de representación son aquellas formas de apropiación y resignificación que los trabajadores de todo tipo de nivel de ingresos y nivel de

estudio hacen al momento de experimentar la cotidianidad de la vida, la recreación colectiva, la vida familiar, la experiencia individual dentro del espacio social más allá del vínculo inseparable entre la práctica espacial –*las relaciones sociales de reproducción del capital*– y las representaciones del espacio –la producción y reproducción del sistema de signos verbales elaborados intelectualmente–. Es decir, sobre la base de esa práctica espacial y las representaciones del espacio se sobreponen los espacios de representación –la toma y la búsqueda del dominio de los productos de capital para modificarlos hacia un sistema coherentes de símbolos y signos no verbales–.

La resignificación de las representaciones del espacio por parte de la población también se encuentra en continua transformación debido a que la búsqueda de la ganancia capitalista constantemente reconfigura el espacio físico, urbano, rural, y, en ese intento de ampliar la acumulación, también reorganiza las formas y las funciones del espacio virtual. Dentro del espacio digital, las prácticas espaciales y las representaciones del espacio siguen la lógica de producir el lugar con la finalidad de movilizar las mercancías. Ya para este momento de desarrollo de las fuerzas productivas, las representaciones del espacio digital hacen uso de los programadores, ingenieros en sistemas, diseñadores hasta el uso de la IA para fragmentar y producir símbolos verbales que coincida con las necesidades de aumentar los niveles de ganancias de todo tipo de empresarios a nivel global.

Las continuas prácticas espaciales y las representaciones del espacio social son las que hacen necesarias las conformaciones de los colectivos o activistas sociales para visibilizar las injusticias y los despojos que provocan las incesantes reconfiguraciones de las formas y de las funciones del espacio social; y consolidar, organizar y manifestar en el espacio físico y digital las demandas de los distintos grupos sociales que son afectados. Este tipo de manifestación colectiva representa una parte fundamental de los espacios de representación. Porque, es la búsqueda de la resignificación de las formas y de las funciones del espacio, a través del activismo colectivo local, regional y global, lo que permite transformar los símbolos con fines de ampliar la ganancia a un simbolismo arraigado a la cotidianidad de la

recreación colectiva e individual de distintos grupos sociales. Lo cual, resignifica la cotidianidad del activismo colectivo, la individualidad y el espacio social en sí mismo.

Actualmente, la importancia del espacio digital se presenta como un lugar de posibilidades para difundir e involucrar a distintos grupos colectivos con diversas denuncias y demandas derivadas de las injusticias y de los despojos traspasando límites o fronteras territoriales. El activismo digital, también está continuamente resignificado y dominado por los espacios de representación de distintos colectivos y las protestas individuales dentro de las redes sociales. Y es a través de este mecanismo social, que es posible visibilizar, organizar y difundir las acciones del activismo colectivo digital y la conexión que se establecen con las protestas y la toma de los espacios públicos en tiempo real.

Sin embargo, es una realidad que actualmente el espacio físico, el espacio urbano, la ciudad, sigue siendo el espacio por excelencia para presionar y exponer, a través de las marchas y las ocupaciones de las calles, las acciones que las empresas y los gobiernos realizan para reproducir las prácticas espaciales (las relaciones sociales de la reproducción del capital) y las representaciones del espacio (la fragmentación y producción de símbolos del espacio social para soportar las relaciones de explotación y apropiación).

En este sentido, la manifestación de las demandas colectivas guarda un vínculo inseparable entre el espacio virtual y los espacios de la ciudad. Por un lado, en las redes sociales como Twitter, Facebook o TikTok, las personas no sólo experimentan el espacio, lo producen a través de compartir información y cosas, expresar demandas sociales o individuales, dándole sentido a las cosas, desafiando la visibilidad. Como señala Ziccardi (2012), se ha convertido cada vez más en un nuevo espacio público donde se filtra la acción colectiva, se define la identidad política y se disputa el control narrativo. Por otro lado, la intervención del espacio público a través de las movilizaciones sociales busca visibilizarse y resignificarse simbólicamente, reorganizar los lugares que tradicionalmente están controlados por las decisiones de las empresas privadas y el Estado. De Certeau (2000) considera que los usos tácticos del espacio por parte de los ciudadanos –las "artes de hacer"–

contrarrestan los usos impuestos por el poder hegemónico y crean micro-resistencias en la vida cotidiana.

Harvey (2012), considera que estas actividades están motivadas por una lucha por el "derecho a la ciudad", definido como el derecho colectivo a moldear, usar y producir el espacio urbano. El derecho a la ciudad se expande más allá del acceso físico a una ciudad para incluir el acceso a la forma en que esa ciudad es diseñada, utilizada y leída. El derecho a la ciudad, como considera Marcuse (2009), está asociado con la justicia espacial y con la redistribución del control del territorio, interrumpiendo la lógica de planificación urbana mercantilista. En este sentido, las movilizaciones que ocupan los espacios no sólo ocupan el lugar, sino que lo producen y lo resignifican como parte de su acción política.

La resignificación del espacio urbano también puede adoptar diversas acciones como son las ocupaciones de las plazas, las acciones artísticas, las protestas performativas, los jardines comunitarios, entre otro tipo de apropiaciones espaciales. El Movimiento 15M en España, Occupy Wall Street en Estados Unidos o los disturbios estudiantiles en Chile muestran cómo las protestas urbanas de este tipo pueden ser entendidas como apropiaciones de territorios de enunciación política. Lo cual, reconfigura y resignifica el espacio social y los simbolismos hacia la recreación colectiva más que a la expansión del capital.

Actualmente, las nuevas formas de movilización implican una reconfiguración del espacio público de manera híbrida donde lo físico y lo digital se encuentran en redes descentralizadas de acciones, según Castells (2009). En estas redes, los movimientos sociales se definen como los productores del espacio, no solo considerando el espacio como el lugar en donde suceden las cosas, sino como la forma a través de la cual se articulan los significados, los sentimientos y la proyección de los proyectos (Castells, 2009). Sin embargo, como se ha mencionado anteriormente, el mundo digital tampoco es una zona libre de tensiones. Los medios son de propiedad privada y el acceso se basan en condiciones de admisión y exclusión. Las corporaciones privadas se reservan los derechos de la gestión y los términos de admisión de las personas a las redes sociales respecto a la censura y

la exhibición. Derechos que están ocultos en protocolos que continuamente cambian.

Estas formas de dominio limitan la apropiación ciudadana de las redes sociales y abre nuevos temas de autonomía digital y gobernanza democrática del espacio digital (Morozov, 2018). No obstante, el espacio digital sigue siendo un sitio fértil para la participación política, permitiendo que los movimientos expresen la diversidad de las protestas y les permite establecer nuevas formas de organización colectivas. La viralidad de los hashtags, mapas abiertos, hilos informativos y videos en vivo reflejan una ciudadanía que no sólo ocupa, sino que realmente produce espacio a través de la acción comunicativa (Gerbaudo, 2012).

Ante la búsqueda de la resignificación del espacio urbano y digital en un entorno de limitaciones que los dueños de las plataformas y de las redes sociales imponen, Holston (2008), considera que las prácticas colectivas desafían las normas establecidas por el estado mediante el ejercicio de derechos de manera informal, lo cual denomina como la "ciudadanía insurgente". Esta ciudadanía no sólo se apropia de los espacios marginales, sino que los resignifica desde una lógica de derechos y pertenencia. En este sentido, la ciudadanía también se apropia y hace uso del espacio digital para visibilizar, organizar y difundir las demandas creando un tipo de historia colectiva a través de prácticas sociales que acontece tanto en el espacio virtual como en el espacio público.

Para Lefebvre (1991), el espacio público también es un espacio de memoria, y la producción del espacio es el resultado de una escritura constante del pasado en el presente. En este sentido, las manifestaciones no sólo actualizan las demandas políticas; resignifican eventos históricos (Lefebvre, 1991). Prácticas como las marchas en favor del orgullo LGBTTTIQ+ o las caminatas de memoria en ciudades latinoamericanas son apropiaciones simbólicas donde el espacio urbano se convierte en una especie de memoria viva que alberga un archivo colectivo del pasado. Pues como considera refiriendo a los aportes de Lefebvre, el espacio público es un vínculo entre "el espacio público, *físico* (soporte, suelo, de titularidad pública y accesible a todo el mundo) con un espacio público *político filosófico* y

comunicacional (espacio común, de visibilización, de asunción de las diferencias, de intercambio formativo y participación ciudadana)"(Lefevre, 1991:20-21).

Mitchell (2003), hace notar la importancia del espacio público como un derecho político primario. Para él, cualquier restricción legal o física sobre el uso del espacio público representa un ataque directo a la democracia. En este sentido, para Mitchell, el uso del espacio público es un acto de reapropiación política en el contexto de procesos de privatización o exclusión. Y este tipo de ocupación pública mediante la presencia de las manifestaciones de los colectivos permite visibilizar las diferencias y llevar a cabo un proceso de intercambio informativo dentro del espacio público físico con aquella población que transita el lugar de forma cotidiana.

En este sentido, como señala Butler (2015), el espacio también se resignifica a través del cuerpo y la performatividad puede alterar regímenes de visibilidad y control. La presencia de cuerpos disidentes en espacios normativamente regulados es en sí misma una disputa (Butler, 2015). Este tipo de disputa, guarda una relación con la estética, la cual tiene un papel fundamental en la práctica de la apropiación del espacio. Algunas formas de producción simbólica del espacio, como la acupuntura estética, el muralismo o el performance urbana son protestas en contra de la estética del cuerpo mercantilizado dentro y fuera del espacio público y digital.

Por otro lado, la ocupación del espacio es también un acto educativo. Freire (1970), recuerda que la conciencia política se basa en las experiencias 'vividas' de las personas. Ocupando una plaza, interviniendo en una calle, circulando mensajes en redes sociales, significa no solo transformar un espacio, sino transformar el espacio. Se produce, por lo tanto, junto con una práctica de aprendizaje y transformación social (Freire, 1970).

En el cuadro 1 se observan los conceptos fundamentales entre el espacio como construcción social, la apropiación del espacio físico y digital mediante las protestas de los colectivos y los condicionamientos estructurales y espaciales que los activistas de distintos grupos enfrentan al momento de resignificar los espacios, los símbolos y la cotidianidad en un entorno de reproducción de las relaciones sociales

de acumulación del capital a través de la explotación, el despojo y la fragmentación del espacio social (de la urbe, lo rural y lo digital).

Cuadro 1. Producción del espacio social y las nuevas formas de apropiación ciudadana en la era digital

Concepto	Relación conceptual entre producción social, activismo colectivo y condicionamientos
El espacio como construcción social	El espacio no es una realidad objetiva, sino una construcción social. Se produce a partir de las relaciones de poder, representaciones simbólicas y prácticas cotidianas. Se entiende como un escenario de transformación social y política. Actualmente, el espacio social contempla también el espacio virtual o digital; y ambos están producidos por la acción entre la producción y reproducción de las mercancías, las acciones del gobierno y el activismo colectivo.
Apropiación del espacio (físico-digital)	Las movilizaciones sociales utilizan el espacio urbano para expresar y visibilizar sus demandas. La ocupación de plazas, calles y edificios públicos generan resignificación de estos lugares, que se convierten en territorios de visibilidad y confrontación con el aparato del Estado y el despojo y explotación de las empresas privadas. Y es gracias al espacio digital, que la apropiación territorial del espacio público y digital traspasa fronteras territoriales.
La protesta tradicional en el espacio público al entorno digital	Las redes sociales amplían el espacio público. Se utilizan como plataformas para difundir discursos y convocar acciones colectivas. La acción digital se convierte en forma de producción simbólica del espacio público; y guarda un vínculo estrecho con la ocupación de plazas y calles y el retorno al espacio digital para difundir las protestas.
Combinación del espacio	Las protestas actuales combinan la presencialidad en las calles y, al mismo tiempo, la acción en redes. Esta articulación da lugar a nuevas formas de movilización, que permiten simultáneamente actuar, narrar y conectar con colectivos o grupos diversos en tiempo real.

físico-digital	
Condicionamientos	El entorno digital está mediado por medios y plataformas que imponen reglas, algoritmos y censura. Esto plantea confrontaciones con los grupos de movilización y exige nuevas estrategias de resistencia tanto simbólica como espacial, lo cual necesita de una constante reapropiación y resignificación en tiempo real.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de Lefebvre, H. (1974). *La producción del espacio*. Capitán Swing. y Castells, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza: Los movimientos sociales en la era de Internet*. Alianza Editorial.

Se observa que la producción del espacio también es el resultado de las continuas manifestaciones de las inconformidades por parte de los colectivos dentro del espacio público y digital. Los activistas buscan resignificar y apropiarse de las calles y de las redes sociales y de los símbolos que los producen, como un resultado en contra de la oposición a las imposiciones que las empresas y las actividades del gobierno tienen sobre la vida cotidiana de las personas; para incorporarlos a la recreación colectiva e individual dentro de esos dos espacios sociales.

La lucha de los colectivos en la búsqueda de la resignificación y apropiación del espacio social no es fácil, porque como considera Lefebvre, el espacio social también contempla el espacio virtual, es decir, aquel espacio digital que contiene los elementos y los productos de las redes sociales que van desde la producción y la comercialización de la información y de todo tipo de mercancía, pasando por el ciber espionaje hasta llegar a la organización y la difusión del activismo colectivo a nivel global. Para Lefebvre, los productos y los elementos del espacio virtual tienen una relación con los espacios urbanos de la ciudad y rurales del campo, porque las formas del capital se movilizan al mismo tiempo en estos lugares sociales transformándolos a través de la apropiación y el despojo y, con ello, modifica la cotidianidad y las condiciones de la población. Cotidianidad, que en términos generales siempre resulta desfavorable para la población.

1.2 Subjetividad política, modernidad y emancipación

1.2.1. La formación del sujeto crítico en la modernidad, según Luis Villoro

Luis Villoro nos da una reflexión sobre la construcción del sujeto en la modernidad, teniendo al pensamiento crítico como su principal herramienta de emancipación. En la modernidad, como proceso histórico, genera las condiciones para que el individuo no solamente se conozca, sino que cuestione y, a su vez, transforme. La subjetividad crítica moderna se forma entre la racionalidad, la experiencia histórica y con la justicia. Villoro sostiene que “el sentido de la filosofía no es simplemente describir el mundo, sino contribuir a su transformación” (Villoro, 2007, p. 31), planteando así que el pensamiento no puede desligarse desde la ética.

El sujeto moderno no es el individuo ilustrado encerrado en su razón privada, sino alguien que, al reflexionar sobre su realidad, se vincula con los otros para cuestionar las estructuras que lo oprimen. La razón crítica es un ejercicio de apertura al otro, de reconocimiento de lo común. En palabras de Villoro, “la verdad no es absoluta ni definitiva, sino siempre situada en la perspectiva de un sujeto que busca comprender al otro” (Villoro, 2007, p. 39). Así, la verdad no puede imponerse desde un punto de vista único; es, más bien, una construcción que enriquece en el diálogo y se orienta hacia la justicia.

Para Villoro, pensar críticamente es asumir una responsabilidad. No basta con comprender las causas de la injusticia; es necesario cuestionar y enfrentarse a ella. La conciencia crítica moderna, por tanto, se transforma en una conciencia política. En esta línea, afirma: “una filosofía que no ayuda a liberar al hombre de las condiciones que lo oprimen, no cumple con su verdadero fin” (Villoro, 2007, p. 98). Aquí menciona una exigencia a una ética activa que combine reflexión y acción. El sujeto moderno que Villoro defiende no es un mero espectador de su tiempo, sino un agente transformador, que actúa para liberar tanto a sí mismo como a su comunidad.

Uno de los elementos centrales en la formación del sujeto crítico es el reconocimiento del poder como una fuerza que no se limita al ámbito institucional. Villoro argumenta que “el poder no sólo se ejerce desde las instituciones, sino que se infiltra en los discursos, en los saberes y en las prácticas cotidianas” (Villoro, 2007, p. 112). Esta visión contrapone la idea clásica del poder como algo externo y visible. Por el contrario, lo muestra como un símbolo que actúa desde la cotidianidad, desde los hábitos, desde lo que se considera “normal”. Así, el pensamiento crítico debe apuntar no solo a la injusticia, sino a las formas de dominación y consentimiento.

Por ello, la crítica se constituye también como una desobediencia simbólica. Villoro propone que el sujeto debe “romper con las formas impuestas de ver el mundo”, ya que “todo poder tiende a legitimar su dominio convirtiendo su punto de vista en el único posible” (Villoro, 2007, p. 73). En esta cita apunta que la crítica no consiste únicamente en la negación o el rechazo, sino en la capacidad de imaginar alternativas, de crear sentidos distintos, de resignificar lo establecido. La subjetividad política emerge allí donde se hace posible pensar lo no pensado, es decir, lo no expuesto.

Asimismo, Villoro advierte que el conocimiento nunca es neutral. Todo saber está atravesado por intereses, valores y contextos históricos. “No hay conocimiento desinteresado: todo conocimiento responde a una perspectiva situada” (Villoro, 2007, p. 69). Esta afirmación obliga al sujeto crítico a reconocer el lugar desde donde piensa, las condiciones que hacen posible su pensamiento y los efectos que su discurso puede producir. Esta autoconciencia es también un acto ético, pues permite al sujeto tener responsabilidad ante las consecuencias de sus ideas y sus acciones.

Otro aspecto importante de Villoro es la vinculación entre experiencia y pensamiento. La subjetividad crítica no se forja solo en la teoría, sino también en la experiencia vivida de la injusticia o del conflicto. Sostiene que “la subjetividad no se reduce a la razón; es también cuerpo, afecto, memoria y lenguaje” (Villoro, 2007, p. 83). Aquí el sujeto moderno permite incorporar dimensiones emocionales,

corporales y simbólicas que la racionalidad clásica había excluido. De este modo, pensar críticamente también significa sentir, recordar, imaginar y resistir.

Villoro también vincula la subjetividad crítica con la memoria colectiva. Para él, la historia no debe entenderse como una sucesión de acontecimientos, sino como un espacio que está orientado por el sentido. El sujeto crítico es aquel que se sitúa en la continuidad de las luchas por la dignidad y que, al hacerlo, encuentra las claves para pensar en el presente. Como él mismo afirma: “la historia es también una forma de resistencia, una manera de devolver la palabra a quienes fueron condenados al silencio” (Villoro, 2007, p. 109). Esta memoria se convierte en una herramienta fundamental para la emancipación.

Finalmente, la formación del sujeto crítico no se consuma en la mera toma de conciencia. Esta debe traducirse en una práctica de transformación, orientada hacia la construcción de una sociedad más justa. Afirma que “la emancipación no es un acto solitario, sino un proceso colectivo en el que cada quien aporta desde su experiencia a la transformación de lo común” (Villoro, 2007, p. 126). En este sentido, la subjetividad política se constituye como una forma de relación: no hay emancipación individual sin un lazo común de liberación. La conciencia crítica, por tanto, no es una actitud elitista, sino una práctica cotidiana de construcción conjunta.

1.2.2. La alineación y la posibilidad de autorrealización en la sociedad digital, un acercamiento desde el pensamiento de Erich Fromm y Karl Marx

Las redes sociales han transformado radicalmente las formas de organización, expresión y movilización de la protesta social, particularmente en contextos urbanos como la Ciudad de México. Estas plataformas han abierto nuevas vías para la visibilización de demandas colectivas, pero también han generado dinámicas de alienación que limitan la capacidad transformadora de los movimientos sociales. Desde el pensamiento de Karl Marx, la enajenación se produce cuando el ser humano pierde el control sobre su actividad vital, quedando subordinado a estructuras que no domina. Esta lógica persiste en el entorno digital, donde el sujeto se encuentra atrapado en circuitos de producción simbólica y de consumo

constante, sin conciencia plena de su papel en el proceso social. Como afirma Marx, “el trabajo está enajenado porque ha dejado de ser parte de la naturaleza del trabajador [...] no desarrolla libremente sus energías mentales y físicas” (Fromm, 2009, p. 59).

En este contexto, las redes sociales operan como medios de expresión, pero también como instrumentos de control. Aunque permiten organizar protestas con rapidez y alcance, lo hacen en un marco de vigilancia y monetización. La producción capitalista, como señala Marx, transforma las relaciones sociales en cualidades de las cosas, y esta lógica se refleja en cómo las interacciones digitales se convierten en datos y mercancías (Fromm, 2009, p. 61).

Erich Fromm complementa esta visión al destacar el carácter existencial de la enajenación. Para él, el individuo alienado vive en función de expectativas externas, perdiendo el contacto con su esencia y con los otros. En la sociedad digital, esta alienación se profundiza cuando los actores sociales construyen su identidad política en función de la aprobación en línea, y no de vínculos genuinos con la comunidad. “El hombre vive sólo en tanto que es productivo [...] en tanto que capta el mundo [...] expresando sus propias capacidades humanas” (Fromm, 2009, p. 41). Sin embargo, cuando la acción política digital se limita a la representación de causas, sin conexión con prácticas transformadoras, la autorrealización como sujeto político se ve obstaculizada.

Esta contradicción también afecta la posibilidad de que la protesta social incida realmente en las políticas públicas. Marx sostenía que “la fuerza política no puede producir nada para lo cual no esté preparado el proceso social y político” (Fromm, 2009, p. 35). Si bien las redes sociales pueden proyectar movilizaciones masivas, su impacto político real depende de las condiciones estructurales, la organización colectiva y la claridad ideológica de los movimientos. De lo contrario, la protesta queda atrapada en una dinámica efímera, donde el discurso se agota en el espacio digital sin traducirse en transformaciones institucionales o normativas.

No obstante, tanto Fromm como Marx subrayan la capacidad del ser humano para transformarse a través del trabajo y la producción social. En el caso de la protesta digital, esto implica generar nuevas formas de acción política que promuevan una conciencia crítica. La historia, como señala Marx, es “la autocreación del hombre a través del proceso de su trabajo y su producción” (Fromm, 2009, p. 37), lo cual sugiere que la protesta digital puede convertirse en un medio de autorrealización colectiva si se articula con procesos de organización y de demandas concretas.

Desde esta perspectiva, la autorrealización no se limita a una experiencia individual de empoderamiento en redes, sino que se relaciona con la capacidad de los colectivos para modificar su entorno político y social. Marx y Fromm coinciden en que la emancipación humana exige superar la enajenación, no sólo en el plano económico, sino también en el racional. “El fin de Marx era la emancipación espiritual del hombre [...] el encuentro de una unidad y armonía con sus semejantes y con la naturaleza” (Fromm, 2009, p. 15). Esto implica que la protesta social en redes puede ser un camino hacia la emancipación si permite construir vínculos de comunidad sólidos y presionar por políticas públicas que respondan a las necesidades reales de la población.

Por último, para que las redes sociales sean un espacio de autorrealización política y no sólo un instrumento de alienación, es necesario cuestionar las condiciones materiales que determinan su funcionamiento. Marx sostenía que “lo que los individuos son depende [...] de las condiciones materiales de su producción” (Fromm, 2009, p. 22). Con esto, promover la autonomía digital y fortalecer las formas colectivas de organización se vuelven pasos indispensables para que la acción política no sea absorbida por la lógica del capital. Sólo así se puede pasar de una conciencia falsa —basada en la apariencia de participación— a una conciencia verdadera que impulse cambios concretos en las políticas públicas.

1.2.3. El espacio físico y las redes sociales en el proceso de la construcción de la identidad, de la autonomía y de la conciencia colectiva

En el contexto contemporáneo de la protesta social, las redes sociales han emergido como espacios centrales para la construcción de identidades colectivas, así como para el ejercicio de la autonomía individual frente al poder institucional. Sin embargo, estos entornos digitales también reproducen dinámicas de alienación que fragmentan la conciencia política del sujeto. Para Fromm (2009), la enajenación ocurre cuando el individuo experimenta el mundo y a sí mismo como un objeto separado, pasivo, lo que impide la expresión plena de sus capacidades humanas (p. 55). En los espacios digitales puede agravarse, ya que las plataformas promueven identidades moldeadas por la lógica de la exposición y el consumo simbólico, en lugar de fomentar el desarrollo autónomo del sujeto político.

Para Villoro, el ser humano es un transformador activo del mundo, un creador de sentido que se realiza al construir una “segunda naturaleza” mediante la acción y el conocimiento (Villoro, 2007, p. 38). Esta idea resulta importante para comprender cómo el sujeto que participa en la protesta social digital no es meramente un receptor de información, sino un agente que, al apropiarse de los espacios virtuales y físicos, resignifica el orden social. Sin embargo, esta transformación sólo es auténtica si va acompañada de conciencia crítica, es decir, si la acción digital no se limita a la reacción emocional o simbólica, sino que busca incidir en la estructura política mediante el debate, la organización y la presión hacia el cambio.

La construcción de la identidad política en redes, aunque aparentemente libre, está mediada por estructuras de poder algorítmico que determinan qué voces se amplifican y cuáles se silencian. Fromm (2009) advierte que el hombre se encuentra alienado cuando no capta el mundo desde sus propias capacidades humanas, sino que se adapta a formas impuestas que distorsionan su esencia (p. 41). En un entorno donde el reconocimiento depende de la visibilidad y la viralidad, el sujeto corre el riesgo de perder su autenticidad y reproducir formas de acción política vacías de contenido. Villoro (2007) complementa esta visión al afirmar que el sujeto moderno se convierte en “medida y centro del ente”, es decir, en el fundamento de

la realidad social construida (p. 50); sin embargo, este rol solo puede cumplirse si el sujeto reconoce su lugar en relación con los otros y actúa de forma consciente dentro de una totalidad.

La autonomía, en este marco, no se reduce a la elección individual, sino que implica la capacidad de decidir de manera informada, responsable y situada. Villoro sostiene que el acceso a la mayoría de edad del sujeto moderno implica su autonomía de voluntad para realizarse como hombre (2007, p. 70). Sin embargo, las condiciones materiales y tecnológicas que estructuran las redes sociales muchas veces obstaculizan esta realización, pues imponen una racionalidad instrumental que orienta la acción hacia la eficiencia, el control y la monetización, más que hacia la cooperación y la emancipación. Fromm (2009) señala que cuando el trabajo y la actividad del hombre no son expresión de su individualidad, sino respuestas a exigencias externas, se produce una negación de su ser, lo cual anula la posibilidad de autorrealización (p. 59).

El espacio físico sigue siendo un eje para la construcción de la conciencia colectiva, aún en tiempos de digitalización. Aunque las redes permiten conectar a miles de personas, la experiencia compartida en el espacio urbano —como las marchas, las manifestaciones, plantones o los encuentros físicos— refuerza los lazos sociales y genera identidades en la práctica común. Villoro (2007) sostiene que “el mundo en que el hombre puede realizarse es el que él mismo puede producir con su práctica” (p. 71), lo que sugiere que la conciencia colectiva no nace sólo de la conexión digital, sino de la acción transformadora en el territorio y en la experiencia vivida. La articulación entre lo físico y lo virtual es, por tanto, indispensable para que la protesta social se constituya en una fuerza política efectiva y duradera.

Asimismo, la conciencia colectiva exige un sentido que permita al sujeto superar su individualismo moderno. Para Villoro (2007), una crítica radical de la modernidad implica liberar al hombre de su encierro en la individualidad y recuperar su pertenencia a una totalidad: la comunidad, la naturaleza, el cosmos (p. 158). Esta perspectiva está en sintonía con Fromm (2009), quien sostiene que el sujeto alienado está desconectado de la humanidad como especie, lo que conduce al

egotismo existencial y la instrumentalización de las relaciones humanas (p. 64). En la protesta digital, esta alienación puede observarse cuando la acción colectiva se diluye en luchas personalizadas o microcausas de resistencia que no logran consolidar un lazo en común de transformación.

Por ello, tanto Fromm como Villoro coinciden en que la conciencia emancipadora requiere una crítica profunda de la racionalidad dominante. Villoro (2007) argumenta que la racionalización moderna convierte todas las relaciones sociales en objetos de control y administración (p. 77), anulando las posibilidades de autonomía y comunidad. En este sentido, las redes sociales —al ser productos de esta racionalidad— deben ser resignificadas desde una ética del cuidado, la cooperación y el sentido, que permita al sujeto recuperar su identidad. La identidad colectiva, entonces, no se construye solo compartiendo causas, sino compartiendo prácticas y luchas que integren tanto el espacio digital como el espacio físico en una articulación.

En el cuadro 2 se muestran las principales ideas sobre la subjetividad política como un proceso de toma de conciencia. Aquí entran en juego e intervienen el sujeto crítico, la alineación colectiva, las emociones en la acción política, la apropiación del espacio público, la experiencia político-social y la identidad del sujeto. Estos aspectos ayudan a entender que las prácticas políticas y sociales no solamente se basan en la racionalidad, sino que, además, desde lo simbólico, afectivo y colectivo.

De esta forma, la subjetividad se forma en medio de tensiones de alineación y emancipación, la memoria frente a la opresión, lo individual frente al colectivo, mostrando cómo los actores sociales buscan resignificar su lugar dentro de las relaciones de poder y buscando nuevas formas de transformación social y autoafirmación.

Cuadro 2. Subjetividad política, modernidad y emancipación

Concepto	Idea principal
Sujeto crítico	La subjetividad social surge de un proceso de toma de conciencia ante

	la injusticia. La práctica político-social muestra el pensamiento crítico del individuo como agente de cambio.
Alineación colectiva	La alienación del sujeto afecta no solo lo económico, sino también lo emocional y social. Reconocer esta alienación es el primer paso hacia la búsqueda de autorrealización colectiva.
Emociones en la acción política	Las emociones como el miedo o la esperanza no solo acompañan al colectivo, sino que la estructuran. Lo afectivo es central en la construcción de subjetividades colectivas.
Apropiación del espacio público	Los movimientos sociales permiten que los sujetos recuperen su narrativa y su sentido de comunidad frente a procesos de individualización promovidos por las estructuras superiores.
La experiencia político-social	La experiencia política y social está atravesada por múltiples ejes de opresión como el género, la raza o la clase. Reconocer estas intersecciones permite construir movimientos más inclusivos.
Identidad del sujeto	La memoria juega un papel fundamental en la construcción social de los sujetos. A través de la visibilidad se forjan nuevas formas de identidad tanto social como política.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de Villoro, L. (1998). *El pensamiento moderno: Filosofía del Renacimiento*. Fondo de Cultura Económica.

Podemos observar que la subjetividad política es el resultado de un proceso de construcción colectiva, influenciado y articulado por la memoria, las experiencias sociales y las emociones, al convertirse en fuerzas que estructuran y sostienen a los movimientos sociales. La capacidad crítica de las personas y la forma en cómo se apropian del espacio público les permite enfrentarse a las dinámicas de dominación y abrir paso a narrativas que buscan la inclusión y emancipación ante aquellas estructuras que intentan dividir y fragmentar a los individuos.

En este sentido, la subjetividad se presenta como un espacio de disputa entre lo político y social en donde se entrelazan y dan apertura a nuevas formas de resistencia y cambio. Así como lo plantean Villoro, Marx y Fromm, la emancipación no solo es un logro personal, sino un proceso que involucra al colectivo. Requiere tanto de una acción crítica como el reconocimiento de los lazos sociales y afectivos que fortalecen la lucha. En este sentido, la subjetividad política combina la razón, la memoria y las emociones, demostrando que transformar la sociedad es posible cuando el colectivo se organiza, redefine sus espacios y construye nuevas identidades que apuntan hacia la justicia.

1.3. Comunicación, ética y narrativa de la protesta social

1.3.1. Comunicación como una herramienta esencial para la transformación social. Una perspectiva desde Ryszard Kapuściński

Una de las herramientas fundamentales para la transformación de la realidad social es la comunicación. Es decir, la capacidad que ejerce para poder visibilizar y construir una narrativa que en muchas ocasiones es silenciada, pero otorga un papel fundamental en los procesos de cambio. Para Ryszard Kapuściński, la comunicación no puede ser reducida a un pleno ejercicio técnico; por el contrario, debe sustentarse desde la ética y con un vínculo directo con los sujetos sociales. En su texto, resalta que no se debe escribir sobre alguien sin haber compartido al menos una parte de su vida (Kapuściński, 2003, p.29), lo cual implica un compromiso personal con las historias que se narran.

En cuanto a las protestas sociales, la postura ética aparece como un elemento central en este contexto. Los comunicadores, periodistas, narradores deberían adoptar una actitud de escucha y apoyo, lo cual implica en cierta medida, un riesgo, pero deriva en una cercanía y experiencia. Kapuściński señala que debe “empezar por aquí, por el relato y las motivaciones de una actividad periodística marcada por una opción ética muy fuerte y por la necesidad del riesgo, de la experiencia directa y de la compenetración” (Kapuściński, 2003, p.31). Desde esta perspectiva, la comunicación no solo transmite la protesta, sino que la vive y la hace suya.

La vivencia personal, esa que a veces se ve como un peligro para la objetividad, se convierte en una condición para poder interpretar y comprender la realidad. Según el autor “la experiencia personal es, naturalmente, fundamental” (Kapuściński, 2003, p.37), ya que la aproximación a las vivencias humanas implica algo más que una recopilación de datos: requiera presencia, empatía, sensibilidad y, además, una entrega emocional.

En la protesta social, muchas veces impera la violencia, la pobreza y la exclusión; en este caso, el comunicador impera, en cierta medida, una actividad política. Kapuściński argumenta que escribe por razones éticas, “sobre todo porque los pobres suelen ser silenciosos” (Kapuściński, 2003, p.41). Esta afirmación está directamente relacionada con el objetivo de visibilizar a los sectores marginados, aquellos que rara vez acceden a la esfera pública y que necesitan mediadores para poder ser escuchados.

Además, el autor subraya que el oficio periodístico no debe ser guiado por mandatos externos, sino por la “intuición, talento y principios éticos” del profesional (Kapuściński, 2003, p.50). Dicha postura es especialmente relevante cuando se trata de narrar conflictos sociales, donde el poder muchas veces manipula los hechos y censura las voces. Es, entonces, la ética personal la que se convierte, entonces, en la única herramienta confiable.

Por otro lado, la responsabilidad comunicativa exige reconocer que, igualmente muchas veces, la ausencia de narrativa equivale a la inexistencia del hecho. Para el autor, “si no hablamos de un acontecimiento, éste, simplemente, no existe” (Kapuściński, 2003, p.60). Desde esta perspectiva, la comunicación deja de ser un simple transmisor y se convierte en un generador de existencia simbólica, es decir, una forma de otorgar legitimidad a las luchas sociales.

Finalmente, en un mundo dominado por discursos oficiales, la protesta encuentra una forma de hacerse visible en el ámbito público mediante el periodismo ético. El comunicador, optando por narrar desde la experiencia personal, la cotidianidad de las calles y la existencia misma de los protestantes, convierte la comunicación en un acto de resistencia.

1.3.2. Tipologías sobre ética, responsabilidad, empatía y construcción de los relatos como fundamentos en la esfera pública digital

En la esfera público digital, ha presentado nuevas perspectivas en la difusión de ideas; aunque, también ha conllevado implicaciones en el papel del comunicador. En este sentido, con la excesiva saturación de información, la ética, junto con la responsabilidad, son cruciales, ahora más que nunca. Ryszard Kapuściński subraya que en esta profesión es vital tener nociones de psicología y saber cómo tratar con los demás, es decir, comprender y conectarse con las personas desde la empatía (Kapuściński, 2003, p.38). Dicha característica es clave en un contexto digital donde la distancia física puede diluir la dimensión humana de la comunicación.

Con esto, la empatía no solamente toma una postura emotiva, sino como una herramienta que permite comprender las narrativas externas. Resulta indispensable relatar las vivencias de la protesta social con veracidad. En el ámbito digital, donde se corre el riesgo a la manipulación de relatos, esta cualidad se transforma en un acto de resistencia narrativa.

Igualmente, la selección de lo que se narra evidencia una clara postura personal. En palabras del autor, esta decisión está reservada a “vuestra intuición, a vuestro talento y a vuestros principios éticos” (Kapuściński, 2003, p.50). Dentro de las redes

sociales, donde la viralidad suele imponerse a la profundidad, mantener un criterio ético resulta esencial para no replicar lógicas superficiales.

Otro aspecto clave es la diferencia entre informar y narrar. Para el autor, “la diferencia que separa a la información de las historias verdaderas [...] está en la perspectiva, en la óptica de los hechos” (Kapuściński, 2003, p.98). En la protesta social, no basta con dar datos o cifras: es necesario construir relatos humanos, con sentido y contexto, que acerquen a quienes los reciben.

Esta tarea demanda compromiso físico y simbólico. No se puede narrar desde la distancia si se quiere basar en la experiencia del otro. Por eso, Kapuściński sostiene que el cuerpo del narrador debe estar “en el lugar de los hechos o en las inmediatas cercanías” (Kapuściński, 2003, p.98). Aunque esto es más difícil en el entorno digital, sigue siendo necesario buscar formas de cercanía, de conexión directa con los actores sociales.

También es fundamental reconocer que el periodista no debe ser simplemente un transmisor al servicio de intereses editoriales: “El periodista es simplemente uno al que trasladan de un lugar al otro, según las exigencias de la cadena televisiva” (Kapuściński, 2003, p.113). Este modelo del periodismo está reñido con el compromiso ético, que exige autonomía y criterio propio.

Finalmente, la empatía, y la perspectiva son pilares de una ética comunicativa que busca construir un relato justo. En el entorno digital, donde la velocidad y el impacto puede imponer sus reglas, estas cualidades son indispensables para construir un periodismo responsable, que aporte al fortalecimiento de la esfera pública.

1.3.3. Narrativas físicas y digitales, y el impacto en la gobernanza y en la formulación de políticas públicas

Las narrativas construidas a través de la comunicación tienen un impacto directo en las estructuras de poder y en la formulación de políticas públicas. La forma en que se cuenta una historia influye no solo en la percepción social del problema, sino también en la manera en que las autoridades interpretan, aceptan o rechazan

ciertas demandas colectivas. Para Ryszard Kapuściński, la esencia de una historia no radica exclusivamente en los hechos, sino en cómo se narra. Señala que “la diferencia que separa a la información de las historias verdaderas [...] está en la perspectiva, en la óptica de los hechos” (Kapuściński, 2003, p.98). Esta distinción es clave para entender cómo las narrativas se convierten en medios de transformación.

El periodismo, entendido desde una óptica ética, no puede desligarse de su capacidad para moldear las decisiones públicas. Cuando los relatos se construyen desde la cercanía con los actores sociales, pueden generar un impacto en la esfera política. Por ello, Kapuściński sostiene que, para observar la esencia del relato, “es necesario que el cuerpo propio y verdadero del narrador se encuentre en el lugar de los hechos o en las inmediatas cercanías” (Kapuściński, 2003, p.98). Esta afirmación no dice que la autenticidad del relato se fundamenta en la presencia, en el testimonio directo, en la experiencia del narrador.

Otro aspecto fundamental en la construcción narrativa es la relación entre el narrador y su audiencia. Kapuściński reflexiona que “el silencio representa el instrumento principal para establecer la complicidad con el oyente o el lector” (Kapuściński, 2003, p.122). Esta noción desafía la idea de que comunicarlo todo explícitamente es la mejor estrategia. A veces, las pausas o las omisiones son también formas de convocar al lector a una comprensión más profunda y creando una sensibilidad compartida.

La construcción de complicidad narrativa a través del silencio también genera confianza y puede tener efectos políticos. Cuando una narrativa logra que el público se identifique con los protagonistas de una historia o que se indigne ante una injusticia, deriva en una transformación. Es ahí donde la capacidad de respuesta y toma de decisiones públicas, puede verse influida por los relatos que captan la atención emocional y moral de la sociedad.

Tomando esto, Kapuściński establece una crítica al funcionamiento de los medios masivos y la manera en que imponen ritmos acelerados de consumo de información: “aunque el escenario político gira a un ritmo mucho más rápido, la vida material, la vida de cada día, para la mayor parte de la gente, no cambia casi nada, y si cambia algo, casi siempre es a peor” (Kapuściński, 2003, p.97). Esta distorsión entre discurso y realidad revela que muchas políticas públicas se formulan sin una comprensión narrativa de los sujetos a quienes van dirigidas.

Los relatos y narrativas deben, entonces, volver a lo cotidiano, en lo que Kapuściński denomina “la vida de cada día”, la cual permanece frecuentemente ajena al espectáculo mediático. Solo así se puede lograr una comunicación que no sea meramente representativa, sino verdaderamente interpretativa.

Desde esta perspectiva, no basta con mostrar datos concretos, es necesario articular una narrativa que conecte emocionalmente con el público y con los tomadores de decisiones. Lo que exige a los comunicadores, periodistas y narradores sociales construyan relatos con profundidad, sensibilidad y visión histórica, en lugar de contenidos efímeros.

En el cuadro 3, se identifican tres conceptos clave para comprender mejor la protesta social: la comunicación, la ética en la esfera pública físico-digital y las narrativas. Estos aspectos muestran que, la comunicación no solamente trata de una tarea técnica, sino de una herramienta ética que constituye y transforma, capaz de visibilizar realidades y darles voz a quienes han sido silenciados.

Según Ryszard Kapuściński, comunicar implica un compromiso con la verdad y con los individuos involucrados, lo que requiere responsabilidad, empatía y presencia. En este contexto, la ética en los espacios físicos-digitales, se vuelve fundamental para mantener un diálogo abierto en la esfera pública y contrarrestar con la desinformación y manipulación de información. Además, las narrativas —sean físicas o digitales— influyen en la percepción ciudadana y pueden tener un impacto directo en la formulación de políticas públicas.

Cuadro 3. Comunicación, ética y narrativa en la protesta social

Concepto	Idea principal	Implicaciones
Comunicación	Según Ryszard Kapuściński, la comunicación es vista como una herramienta ética, reflexiva y comprometida con la verdad.	Fomenta una ciudadanía crítica, consciente y activa frente a las injusticias; impulsa el cambio social desde una perspectiva ética.
Ética en la esfera pública física-digital	Se destacan valores como la responsabilidad, empatía y veracidad en la creación y difusión de relatos en entornos físico-digitales.	La ética en el mismo espacio público y redes fortalece el diálogo público y combate la desinformación; favorece un espacio más democrático y participativo.
Narrativas	Las narrativas físicas (marchas, pancartas) y digitales (hashtags, videos virales) modelan la percepción pública y pueden influir en las decisiones del aparato gubernamental.	Las narrativas colectivas generan presión social, legitiman demandas ciudadanas y contribuyen a la formulación de políticas públicas.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de Kapuściński, R. (2003). *Los cínicos no sirven para este oficio: Sobre el buen periodismo*. Anagrama.

Se muestra que, dentro de la protesta social, la comunicación no solamente se limita a exponer lo que está ocurriendo, sino que también ayuda a crear significados y dar sentido a las luchas colectivas. Comunicar, en este contexto, resulta también un acto político, ya que otorga visibilidad a quienes habitualmente no la tienen y transforma las experiencias en narrativas con la capacidad de generar una conciencia social. Desde la perspectiva de Kapuściński, hablar de ética y compromiso no solo transmite hechos, sino que convierte la comunicación en una herramienta de resistencia frente a la indiferencia y manipulación.

De esta manera, la comunicación, la ética y las narrativas resultan piezas fundamentales para entender la fuerza de las protestas sociales hoy en día. La ética ayuda a mantener la legitimidad del discurso, incluso en medio de la desinformación, mientras que las narrativas, tanto en los espacios físicos-digitales, aumentan la capacidad de movilización e inciden en el debate público. Así, la protesta social no solamente se manifiesta en los espacios tradicionales, sino también en las formas de contar y el poder en el que radica la capacidad en la que puede generar vínculos sociales, cambiar percepciones y abrir puertas a nuevas posibilidades de cambio político.

Capítulo II. Testigos del cambio. Cronología de la movilización social en la era digital

El objetivo del capítulo se centra en realizar una exposición sobre el proceso de las transformaciones de la movilización social dentro del espacio público al activismo colectivo en el espacio virtual en la era digital. Una de las características fundamentales para comprender el proceso de transformación es entender la relación que se establece entre los modelos tradicionales respecto a las manifestaciones de las demandas de los colectivos dentro del espacio urbano y rural y las dinámicas y reconfiguraciones colectivas del activismo presencial al activismo digital como resultado del desarrollo y de la incorporación de las tecnologías de la información y de la comunicación a todas las actividades económico, político, culturales y ambientales.

El capítulo está dividido en tres apartados. El primero, expone las características de la movilización social respecto a los modelos tradicionales y las formas de manifestar las inconformidades y las demandas individuales al Estado a través de organizaciones sindicales, partidos políticos y ONG'S. Estos modelos emplean una estructura organizativa, ésta se basa organizaciones formales como sindicatos, partidos políticos o asociaciones, con toma de decisiones centralizada y jerárquica. Dicha estructura condiciona los canales de comunicación tradicionales como radio, televisión y reuniones presenciales. A su vez, determina las formas de protesta, que

se expresan a partir de acciones visibles como manifestaciones públicas, marchas o huelgas para incidir y hacer presión al Estado.

Dicha organización también influye en el tiempo de respuesta que buscan, ya que la necesidad de coordinación puede derivar en una respuesta más lenta. Asimismo, el alcance de estas movilizaciones suele estar restringido a los entornos regionales o nacionales debido a la capacidad y/o dependencia de los medios convencionales para su difusión. El modelo también se caracteriza por un liderazgo fuerte y visible, es decir, centrado en figuras jerárquicas que concentran la representación de las demandas colectivas. Finalmente, todas estas características están atravesados por una serie de desafíos como la dificultad para adaptarse a contextos de cambio acelerado, la censura gubernamental y la constante necesidad de recursos para sostener la movilización.

El segundo, presenta las transformaciones respecto a las formas de la acción colectiva pasando del activismo presencial en el espacio público al activismo digital en las redes sociales. Mientras que el activismo presencial se caracteriza por una organización centralizada, jerárquica, con medios tradicionales de difusión como la televisión, radio, con tiempos de respuesta tardados debido a la falta de planificación y organización que se requiere, con alcance local y nacional, y formas de protesta tales como marchas, manifestaciones y huelgas en los espacios públicos, el activismo digital implica una organización fluida y difusa. Dicho activismo utiliza medios como redes sociales, aplicaciones de mensajería instantánea para la difusión rápida de las acciones llevadas a cabo en tiempo real, teniendo un alcance a nivel global. Además, utiliza las formas de protesta como hashtags, peticiones en línea, hacktivismo y boicots digitales. En cuanto a la inclusión, el activismo presencial se encuentra limitado a quienes pueden participar físicamente, mientras que el digital está abierto a cualquiera con acceso a internet, lo que amplía significativamente la participación.

Por último, los desafíos tienen diferentes implicaciones, en cuanto al activismo presencial enfrenta la represión física, censura de los medios tradicionales y con

altos costos organizativos; en cambio, el activismo digital, aunque no presenta estas dificultades, se enfrenta al tema de la desinformación, un activismo transitorio y una dependencia a los algoritmos y a la vigilancia digital.

El tercero, expone el impacto de las herramientas digitales en la organización y la difusión de los movimientos sociales dentro del espacio digital y del espacio público urbano o rural. Estas herramientas no solo permiten una comunicación extensa y rápida, sino que además fomenta la participación ciudadana al tener más espacios inclusivos y, posibilitando la organización de estas protestas sin la necesidad de reuniones presenciales. También fortalecen la interacción a través de la formación de comunidades en línea, ofreciendo anonimato a activistas donde se permita coordinar acciones simultaneas en diferentes partes del mundo, al mismo tiempo. Sin embargo, presentan riesgos importantes que pueden facilitar la propagación de información de falsa o de desinformación, dar lugar a un activismo efímero, depender excesivamente de plataformas que limiten el acceso a la información, contribuyendo a una polarización, acoso en línea, la exposición a participantes de vigilancia estatal o corporativa y, fragmentar la cohesión del movimiento generando un sentido de liderazgo disperso o débil.

II.1 Movilización Social antes de la Era Digital. Modelos Tradicionales y las dinámicas de las Protesta en el Espacio Social

Los marcos clásicos sobre la movilización social abarcaban los patrones organizacionales de participación colectiva, funcionando principalmente a través del proceso de articulación de demandas, llamados a la población y la generación de impacto público. Estas dinámicas ofrecieron lecciones sobre cómo los movimientos juegan las cartas que tienen con la opinión pública y cómo ejercen presión sobre las instituciones gubernamentales. Antes de la llegada de las herramientas digitales, la movilización se impulsaba mediante interacciones entre personas y jerarquías tradicionales organizacionales y mediáticas, lo cual limitaba las herramientas de acción social de protesta en el espacio público. En este sentido, las movilizaciones sociales antes del desarrollo de las tecnologías de la información y de la

comunicación (TIC's) dependían generalmente de estructuras organizacionales, verticales¹ y del compromiso de individuos y colectivos para manifestar los intereses dentro del espacio público urbano o rural (Tarrow, 1997).

Históricamente, la movilización se apoyaba en Modelos Tradicionales que estaban representados a partir de sindicatos, partidos políticos, ONG'S y movimientos comunitarios que proporcionaban los caminos para expresar las demandas sociales y políticas (Tarrow, 2011). Una forma de movilización con mayor impacto en el siglo XX fue el sindicalismo, con demandas laborales y campañas de huelga como mecanismo de presión frente a gobierno y empresas (Offe, 1990). De esta manera, partidos políticos, y las asociaciones civiles fueron actores centrales que movilizaron sectores excluidos y articularon plataformas políticas con el objetivo de influir en las decisiones gubernamentales (Castells, 2009).

Uno de los ejemplos relevantes sobre cómo los sindicatos tomaron un papel importante sobre la movilización de sectores marginados es la huelga ferroviaria de 1959. El Archivo General De la Nación (2021) menciona lo siguiente:

La movilización de los ferrocarrileros inició en mayo de aquel mismo año con una contundente asistencia de todos los secretarios generales de las 28 secciones del sindicato. Éstas crearon desde un principio una "comisión pro-aumento de salarios", la cual adoptó el Plan Sureste. Dicho plan, menciona Valentín Campa, tuvo como objetivo establecer una organización sistematizada entre todas las secciones con el fin de lograr un aumento salarial de 350 pesos mensuales por parte del gobierno. En caso de ser denegado el aumento, como maniobra de presión, se procedería a la huelga de manera progresiva hasta alcanzar un paro total de labores en la empresa.

Este movimiento muestra cómo los sindicatos actuaban y se movilizaban con el objetivo de confrontar a las instituciones para lograr cambios, así como plantear

¹ La estructura vertical se refiere a un tipo de organización jerárquica en la que las decisiones se concentran en una cúpula directa que coordina y dirige las acciones del colectivo, mientras que las bases participan ejecutando lineamientos establecidos, con escasa autonomía en la toma de decisiones.

nuevas demandas, como es el caso del sector ferroviario, para establecer un punto de acuerdo entre trabajadores y el sector empresarial.

El liderazgo que desempeñan los individuos respecto a la representación de los intereses individuales y del colectivo eran fundamentales porque eran los líderes quienes tomaban las decisiones sobre el conjunto de intereses que tienen en común un grupo de personas que conforman el colectivo para llevar a cabo la movilización social y buscar la resolución a través de la consolidación de políticas públicas. Teniendo como reciente ejemplo lo que se observa en Guatemala, la lucha social de la comunidad indígena de Totonicapán, liderado por Leticia Zapeta. Como lo documenta *El País* (2025):

Totonicapán es conocida en Guatemala por su beligerancia y por una lucha centenaria porque se reconozcan los derechos de las poblaciones indígenas por centurias machacadas en este país centroamericano, a tal punto que paralizaron durante más de 100 días todo para que se respetara la toma de posesión del actual presidente Bernardo Arévalo. No es una defensa de la democracia que los ha mantenido en olvido, dicen, pero sí del voto de la mayoría de los ciudadanos de este país y Zapeta y sus paisanos se movilizaron para que la decisión de esa mayoría se respetara. “Somos herederos de una historia de lucha”, dice la mujer en la plaza central de Totonicapán, el bastión indígena que planta cara al sistema corrupto de Guatemala.

Este hecho muestra cómo el liderazgo de Leticia Zapeta representó el sentir colectivo de la comunidad indígena que buscaba que su voz fuera escuchada y respetada, no solo por la toma de posesión del presidente electo, sino para evidenciar la impunidad y corrupción que han vivido históricamente como comunidad frente al mismo Estado.

Es así como los líderes de las movilizaciones eran quienes participaban en las negociaciones con el Estado, el tipo de información que se daba a los medios de comunicación y otros agentes de la sociedad. Dichos agentes no solo eran los medios y el gobierno, sino también organizaciones de la sociedad civil y sindicatos que podían mostrar su respaldo saliendo a manifestarse (Almeida, Cordero, 2017). Esto permitía que los movimientos avanzaran desde la organización interna de un grupo pequeño hacia una organización. Esta organización se identifica por tener un

liderazgo visible, división de roles, estrategias de comunicación internas como externas, un conjunto de demandas en concreto y, sobre todo, legitimidad en sus bases (Robertazzi et al., 2019). Sin embargo, también existían limitaciones desde la represión gubernamental que se dirigía directamente a los líderes con el objetivo de desarticular la o las movilizaciones (McAdam, Tarrow y Tilly, 2001).

Teniendo el caso de San Salvador Atenco en 2006, evidencia cómo la represión a este grupo desencadenó la represión y desarticulación del movimiento, incluyendo violaciones, tanto en derechos humanos, torturas e inclusive agresiones sexuales. Este caso fue llevado a la *Corte Interamericana de Derechos humanos* (2018), donde determinó las responsabilidades del Estado mexicano y señaló lo siguiente:

Por tanto, la Corte concluye que, en el presente caso, los agentes policiales instrumentalizaron los cuerpos de las mujeres detenidas como herramientas para transmitir su mensaje de represión y desaprobación de los medios de protesta empleados por los manifestantes. Cosificaron a las mujeres para humillar, atemorizar e intimidar las voces de disidencia a su potestad de mando. La violencia sexual fue utilizada como un arma más en la represión de la protesta, como si junto con los gases lacrimógenos y el equipo anti motín, constituyeran sencillamente una táctica adicional para alcanzar el propósito de dispersar la protesta y asegurarse de que no volviera a cuestionarse la autoridad del Estado. Este tipo de conductas en el mantenimiento del orden público, más que reprochable, es absolutamente inaceptable. (p.78)

El dictamen que da la Corte, muestra cómo el mismo Estado, mediante el cuerpo policial, puede llegar a recurrir a las formas más extremas de violencia para poder castigar y desmovilizar la protesta social. Este tipo de prácticas se ha convertido en instrumentos de castigo, así como de control político que, además, es utilizado como medio simbólico hacia quienes cuestionan las prácticas de poder.

Los movimientos sociales tradicionales dependían de la presencia de las personas dentro del espacio urbano y rural, y esto implicaba un nivel de organización y responsabilidad sobre las necesidades del colectivo. Los llamados a la acción de protesta se difundían primeramente a través de reuniones públicas e instituciones, tales como sindicatos, partidos políticos, organizaciones vecinales, que servían como intermediarios entre ciudadanos y el poder que permitía mediar en la forma

en que se dirigía la articulación de demandas sociales y la movilización colectiva (Sánchez, 2006).

Así como de folletos, periódicos y posteriormente dentro de los medios tradicionales de comunicación masiva como eran la radio y televisión. La dependencia a estos medios limitaba el acceso a la información para la población, ya que podía ser utilizada y retenida por el Estado o grupos de poder con el propósito de desarticular la estructura y soporte de la movilización (Hebermas, 1987).

Un caso que ilustra lo ya mencionado anteriormente, es el movimiento estudiantil en 1968, donde el gobierno federal retuvo la información disponible para la sociedad civil, así como de los principales medios de comunicación de lo que se encontraba ocurriendo en aquel momento que, como lo describe Lizeth Anaid Trinidad (2012):

Sin embargo, es durante el mes de octubre cuando la calidad y cantidad de las noticias disminuyeron a tal grado que llegaron casi a la inexistencia, debido en parte a dos factores que logré identificar: por un lado, los hechos del 2 de Octubre en Tlatelolco y por otro lado, la próxima celebración de los Juegos Olímpicos en la Ciudad de México. A mi parecer, ambos son la explicación que atribuyo a que el grado de importancia y seriedad del movimiento estudiantil entre la sociedad civil fuera minimizado debido a que son precisamente los medios de comunicación masiva los encargados de informar a la población. (p.18)

El resultado del silenciamiento a partir de la cobertura mediática del movimiento estudiantil fue la percepción del movimiento. Es decir, los medios de comunicación masiva, contribuyeron a la omisión y manipulación de la información para minimizar la relevancia del movimiento ante la sociedad civil que, en lugar de denunciar los hechos o fomentar el debate público, optaron por invisibilizarlo, lo que debilitó la conexión del movimiento con el resto de la población.

Por otro lado, otro factor que condicionó la permanencia de los movimientos fue la dependencia financiera. La financiación de los movimientos se basaba en las afiliaciones, las donaciones o los apoyos de instituciones. Este tipo de financiamiento permitió la supervivencia de varios movimientos, pero también la falta de recursos derivaba a que muchas movilizaciones se vieran vulneradas ante

la suspensión o intervención de esos fondos. Un ejemplo de ello es el caso de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), cuya estructura financiera —basada en convenios con sectores empresariales, así como de la aplicación de descuentos nominales del 3.5% a sus agremiados— fue intervenida entre 2015 y 2016. La procuraduría General de la República vinculó dichos recursos con el financiamiento del movimiento, lo que conllevó al congelamiento de cuentas, suspensión de pagos quincenales y, de manera más estricta, la detención de dirigentes por parte de la Unidad de Inteligencia Financiera (Roldán, 2016). Dicha acción no solamente redujo la capacidad operativa de la coordinadora, sino que se volvió inviable el seguir manteniendo plantones, bloqueos y movilizaciones de forma prolongada. El caso evidencia cómo el control de recursos se convirtió en una estrategia estatal para debilitar la persistencia del movimiento magisterial.

Otro elemento que impacta en el alcance de los movimientos sociales tradicionales es el control de los canales de información. La capacidad de sostener una movilización no solo depende de los recursos o fondos del movimiento, también de la forma en que se construye y difunde la legitimidad de las demandas ante la sociedad civil. En este sentido, el acceso —o la falta misma— a los medios de comunicación, representa un factor clave para visibilizar o limitar el impacto de las luchas colectivas.

Los movimientos tradicionales se caracterizaban por la disparidad entre los medios de comunicación masivos como la prensa, la radio y la televisión. Estos medios se convirtieron en un punto esencial para la difusión de las necesidades de los colectivos. Sin embargo, también representaban un obstáculo al estar principalmente controlados por el Estado o por grandes corporaciones. Por lo tanto, había oportunidades de reprimir o evidenciar los movimientos, provocando la limitación de la capacidad de convocatoria y de un menor apoyo en el respaldo público (Della Porta y Diani, 2006).

Para Ryszard Kapuscinski (2002), no solamente se trata de concebir la información desde la cualidad de la verdad, también ha tratado de usarse como instrumento

político. Es decir, tanto la televisión, periódicos, radios, en sus inicios eran instrumentos principalmente de diversos partidos y fuerzas políticas que luchaban por sus propios intereses:

Así, por ejemplo, en el siglo XIX, en Francia, Alemania o Italia, cada partido y cada instrumento relevante tenía su propia prensa. La información, para esa prensa, no era la búsqueda de la verdad, sino ganar espacio y vencer al enemigo en particular. (p. 35-36)

Al estar los medios tradicionales al servicio de los intereses políticos, como indica el autor, esto puede explicar la vulnerabilidad de los movimientos sociales tradicionales frente a la manipulación de estos medios controlados por el Estado o corporaciones que podían deslegitimarlos o inclusive, darles menos visibilidad.

Las estructuras sociales en el contexto histórico, entendido por Marx y Lefebvre, muestran que las condiciones materiales en las que vivimos y en la organización del espacio, en realidad, limitan la misma acción de los individuos. Fromm (1962), en base a lo plantea que el ser humano no puede entenderse a sí mismo sin tener en cuenta sus circunstancias materiales y sociales, ya que estas configuran su conciencia y, a partir de ello, su capacidad de transformación política. Lefebvre (2013) aporta a esta idea mencionado que el espacio no es solo un lugar vacío o sin significado, sino una producción histórica y social que refleja las relaciones de poder y marcan hasta dónde podemos llegar en las acciones colectivas. En este contexto, aunque muchos movimientos sociales actuaban pacíficamente, los gobiernos muchas veces respondían con represión, utilizando métodos de persecución, criminalización y censura, lo que muchas organizaciones tuvieron que actuar en la clandestinidad, lo que reducía su capacidad de organización y coordinación.

Por otro lado, en regímenes democráticos consolidados como España después de su transición política, las protestas pudieron desarrollarse sin romper el marco legal. Tras la aprobación de la Constitución de 1978, que instauró un sistema parlamentario basado en derechos y libertades garantizados, los movimientos sociales tuvieron un marco legal para la acción colectiva. Sin embargo, esto también

derivó en los procesos de burocratización, ya que partidos políticos y sindicatos actuaban como intermediarios en las demandas de los ciudadanos (Gunther, 1992).

En México, uno de los casos más conocidos es el movimiento zapatista de 1994. Después del levantamiento en armas en Chiapas, el gobierno respondió inicialmente con fuerza militar, pero después comenzó un diálogo y negociaciones para aceptar algunas de las demandas de los pueblos indígenas, como los Acuerdos de San Andrés y programas de ayuda social. Sin embargo, este camino hacia la legalidad llevó a la absorción de sus reclamos dentro de los marcos burocráticos, restándole radicalidad a su movimiento. Como señala Harvey (2000), “la institucionalización de ciertas demandas zapatistas en programas gubernamentales implicó una transformación de la lucha radical en políticas administradas por el Estado, con la consecuente pérdida de su potencial emancipador” (p.212).

De este modo, estos ejemplos muestran que no se trata solamente de distinguir entre regímenes autoritarios o democráticos, sino comprender cómo el Estado busca controlar los alcances de la movilización social. Ya sea a partir de la represión o de la misma burocratización, el objetivo principal es mantener el orden actual y limitar el impacto transformador de estas protestas sociales y movimientos. Por ello, los movimientos sociales no deben entenderse como luchas por demandas puntuales, sino también como luchas constantes por abrir nuevos espacios de participación y redefinir la vida colectiva.

La difusión de las acciones y mensajes de los movimientos sociales también se apoyaba en las redes sociales tradicionales, tales como sindicatos y asociaciones vecinales, pero estas formas de comunicación tenían sus limitaciones para responder ante eventos imprevistos, es decir, aquellos que alteran el orden cotidiano del espacio social, demandando una reacción inmediata. Lefebvre (1974) sostiene que “los acontecimientos irrumpen como momentos de crisis, revelando la distancia entre el espacio concebido y el espacio vivido” (p.58), lo que muestra cómo estos sucesos inesperados obligan a los grupos a replantearse sus prácticas en los

mismos espacios. En este sentido, la inflexibilidad de los movimientos lograba que se volvieran inmóviles o estáticos frente a escenarios rápidos y disruptivos, ya que su organización limitaba su creatividad colectiva y su adaptabilidad. Con esto, Fromm (1962) advierte que “el hombre se convierte en un ser pasivo cuando se le despoja de su actividad esencial: la praxis creadora” (p.45). De esta manera, en lugar de aprovechar su potencial para transformar las condiciones sociales, los actores sociales tienden a mantener esquemas rígidos que los inmovilizan. Así, la dificultad para adaptarse y cambiar sus formas de organización impedía que estos movimientos respondieran a las transformaciones inesperadas del entorno social.

Los límites físicos de las organizaciones enfrentaban complejidades como las barreras materiales y geográficas, restringían el alcance de los movimientos sociales antes de la era digital. Estos límites eran dados debido a la necesidad de recorrer grandes distancias para conectar con otras comunidades, la falta de transporte accesible, la dependencia del encuentro físico y, la falta de coordinación de acciones de manera simultánea en espacios alejados, que también jugaban un papel fundamental. A partir de esto, Gohn (2010) explica que “los movimientos sociales estaban sujetos a un espacio de acción reducido, condicionado por la presencia física de los militantes en reuniones, asambleas o marchas, lo que dificultaba enormemente la articulación de redes más amplias” (p.41). Estas restricciones implicaban que el crecimiento y expansión de los movimientos dependiera de la capacidad de sus miembros para desplazarse y sostener encuentros físicos, lo cual hacía que los procesos organizativos fueran costosos y lentos.

Con ello, la planificación de los movimientos sociales requería y demandaba largos periodos, ya que la ausencia de comunicación rápida obligaba a establecer alianzas sólidas y estables. En este proceso, se construían fundamentos como la solidaridad, la organización disciplinada y la resistencia, cuya fortaleza se centraba en la capacidad de cohesión y permanencia en el tiempo. Según Tilly (2004) sostiene que “los movimientos sociales no logran sostenerse únicamente por la efervescencia de una protesta inicial, sino que necesitan crear redes organizativas que se mantengan

activas incluso en los periodos de represión o de falta de visibilidad, pues esas redes son las que garantizan la persistencia de la acción colectiva” (p. 89). Estos pilares son fundamentales para poder afrontar imprevistos, como la represión policial en calles, la detención masiva de líderes o la censura de los medios, aquellos que suelen ocurrir en contextos autoritarios o en tiempos de tensión política.

Un ejemplo de esta limitación fue la formación de las Ligas Camponesas en Brasil en la década de 1950. Estas organizaciones surgieron en un momento en que muchas comunidades se encontraban aisladas geográficamente y existía una precariedad en las comunicaciones, lo que complicaba la coordinación de las luchas a nivel nacional. Como explica Gohn (2010):

La organización campesina, al estar asentada en comunidades rurales distantes, debía depender del traslado físico de dirigentes y militantes para promover reuniones y acciones conjuntas. Esto implicaba semanas de preparación y grandes esfuerzos de desplazamiento, haciendo que el proceso organizativo se desarrollara lentamente, sin posibilidad de una respuesta inmediata a los problemas que surgían en distintos lugares. (p. 65)

La movilización no dependía solamente de un asunto de voluntad política, sino además de condiciones materiales. Las distancias que tenían que recorrer hacía que los procesos fueran lentos y que las decisiones no pudieran tomarse rápidamente ante situaciones urgentes. Por eso, la expansión de las Ligas fue paulatina y, en gran medida, dependió de los líderes que permanecían en territorio, lo que muestra cómo las limitaciones físicas condicionaban tanto el ritmo como la efectividad de la movilización social en esta época.

Ahora bien, además de las restricciones materiales, la movilización tradicional se distinguía a partir de la dimensión ideológica y simbólica. Lefebvre (1974) puntualiza en que “el símbolo no puede ser reducido a un simple adorno; es la condensación de una práctica social en un signo que expresa una ideología, los sujetos no solo muestran pertenencia, sino que transforman el espacio en un lugar de lucha” (p. 132). De esta forma, los símbolos no eran simplemente accesorios de la acción, sino herramientas con la capacidad de construir identidades colectivas y dar forma a un sentido compartido de movimiento o causa.

Un caso de esta dimensión simbólica fue el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos en la década de 1960. Canciones como *We Shall Overcome* o la presencia constante de banderas y carteles con mensajes de igualdad no solo fortalecía la moral de quienes participaban, sino que también transmitían un mensaje político hacia la sociedad en general. Como lo señala Castells (2009):

Las marchas por los derechos civiles en Estados Unidos, los himnos y cánticos como *We Shall Overcome* se convirtieron en el alma de la movilización. No se trataba únicamente de canciones: eran la expresión de una identidad compartida, de la dignidad de una comunidad que se sabía oprimida pero que reclamaba justicia. Estos símbolos colectivos otorgaban fuerza emocional y constituían un lenguaje común que unía a miles de personas dispersas, al tiempo que proyectaban hacia el mundo una imagen de cohesión, esperanza y firmeza de lucha” (p. 103).

De esta manera, en el caso de la lucha por los derechos civiles, muestra claramente cómo los símbolos jugaron un papel clave, no solo para mantener la movilización en momentos difíciles, sino también para la construcción de una narrativa compartida. La música y los lemas sirvieron como medios de expresión de la ideología del movimiento, el fortalecimiento de la identidad colectiva y hacer que el mensaje trascendiera.

La movilización tradicional, aunque a veces enfrentaba limitaciones por cuestiones materiales, represivas o mediáticas, generó importantes lecciones organizativas y simbólicas que ayudaron a entender mejor cómo funciona la acción colectiva. Esas experiencias mostraron que el espacio público no era únicamente un escenario de protesta, sino un espacio en disputa donde se visibilizaban y se construían significados compartidos. Y con ello, las calles, plazas y espacios de reunión se convirtieron en los principales medios para dar a conocer y apoyar las causas sociales, creando y configurando la acción colectiva que antecedió la llegada de los medios digitales. En este contexto, ahora resulta importante analizar la movilización social en la era pre-digital, como una forma de apropiación del espacio público para expresar las demandas ciudadanas y cuestionar el sentido de lo político.

II.1.1 Movilización social en la era pre-digital. Apropiación del espacio público para la difusión de demandas

Los parámetros y las dinámicas de movilización social que caracterizaron los años previos a la era digital en términos organizacionales respecto a los mecanismos de reunión, las formas de la protesta y los obstáculos que los movimientos enfrentaban se desarrollaban en un entorno donde la interacción frente a frente y la apropiación del espacio social público eran indispensables para la difusión de las demandas. En este sentido, Lefebvre (1974) explica que el espacio no es solo un lugar pasivo donde ocurren relaciones sociales, sino una producción constante en donde se articula el espacio percibido —las prácticas cotidianas materialistas—, el espacio concebido —las ideas e imaginarios creados por el poder y las mismas instituciones— y el espacio vivido —las experiencias y apropiaciones simbólicas de los sujetos—. Desde esta perspectiva, las protestas sociales no solo ocupan un espacio físico, sino también le dan un nuevo significado, convirtiéndose en un escenario de disputa política y social donde las demandas colectivas cobran importancia y se hacen visibles.

Ocupar espacios públicos era la principal estrategia para visibilizar las problemáticas y demandas sociales. Antes de las plataformas digitales, los movimientos alternaban formas tradicionales de asambleas y organizaciones como reuniones físicas, repartición de volantes y el uso de redes colectivas para la difusión de mensajes (Tarrow, 1997). Estas prácticas no solo tenían un propósito organizativo, sino también simbólico: realizando encuentros en plazas, calles o instituciones, los actores transformaban estos espacios en escenarios de disputa política, donde la presencia colectiva otorgaba legitimidad a sus demandas y desafiaba al poder establecido. Con ello, el espacio público se convertía en el medio donde las luchas sociales ganaban visibilidad y sentido histórico.

Uno de los principales mecanismos de estas dinámicas era la movilización en forma de manifestaciones masivas y marchas en el espacio social. Estas eran organizadas mediante asambleas y grupos de coordinación, con el fin de mostrar apoyo social a

las necesidades del movimiento y ejercer presión sobre las autoridades gubernamentales, como los poderes ejecutivo y legislativo y, en algunos casos, en los gobiernos locales, así como de las corporaciones policiales responsables de contener las protestas. Estas manifestaciones no solo servían para protestar, sino que ayudaban a fortalecer el sentido de identidad grupal de los mismos participantes y crear un sentido de solidaridad dentro del movimiento (McAdam, Tarrow & Tilly, 2001).

Esta dinámica se observa en el caso del movimiento estudiantil #YoSoy132 en 2012, donde la apropiación de calles, plazas y avenidas principales buscó además de visibilizar las demandas, construir el sentido de pertenencia del mismo colectivo frente a las autoridades y medios de comunicación. Como lo menciona Jesús Galindo y José Ignacio González (2013):

Y el movimiento crece y se transforma en algo significativo para muchos jóvenes, y para otros no tan jóvenes. El movimiento es juvenil porque nace en forma pública de los jóvenes, convoca y crece con la participación de jóvenes. Y en ciertos momentos, parece objetivar el descontento, la incomodidad, la decepción juvenil, en la forma de una propuesta fresca, entusiasta, emocionante, crítica, lúdica. El #YoSoy132 es en los hechos un movimiento social juvenil. (p.70)

El caso muestra y evidencia cómo la protesta social trasciende y se convierte en un proceso de construcción simbólica y radicando en la ocupación del espacio público, antes de la consolidación de la protesta social digital. Los estudiantes lograron transformar estos espacios en escenarios de visibilidad y legitimidad, aunque el movimiento utilizó medios digitales para la difusión de sus mensajes, evidenciaron que la presencia masiva reforzaba la identidad colectiva y la capacidad organizativa de los jóvenes. Esto muestra que, previo a la plena consolidación de la protesta digital, las dinámicas tradicionales de ocupación del espacio y la acción colectiva presencial, continuaban siendo eje central de la movilización social.

En cuanto al contexto laboral, otro instrumento principal de la movilización social tradicional fueron las huelgas. La que los sindicatos ejercían presión económica y política era mediante la paralización de las actividades productivas con el objetivo

de demandar mejores salarios, condiciones dignas de trabajo y la revisión de los derechos laborales. Las huelgas se convirtieron en una de las formas más poderosas de movilización porque permitían tener un impacto inmediato en la economía y en la estabilidad de las empresas o gobiernos afectados (Offe, 1990).

Junto con las protestas y huelgas, los movimientos sociales también incitaban a realizar acciones de abstención de comprar bienes o servicios que provinieran de empresas consideradas responsables de injusticias o abusos en contra de la población. Rosa Parks y el Movimiento por los Derechos Civiles de Estados Unidos, es un ejemplo de este tipo de protesta, una comunidad afroamericana dejó de utilizar los autobuses públicos en América en contra de la segregación racial (Morris, 1984).

La toma de espacios públicos o la ocupación de instituciones gubernamentales, inclusive educativas, eran los principales pilares de la movilización social. El impacto estratégico y mediático de ocupar fábricas, universidades o edificios gubernamentales, forzaba a las negociaciones con los actores políticos y económicos, ya que llamaban mucho la atención y generaban un impacto directo (Della Porta & Diani, 2006). Tal es el caso de Argentina durante la crisis del 2001, cuando los trabajadores empezaron a ocupar y utilizar las instalaciones de las fábricas abandonadas para garantizar la continuidad de su jornada laboral y mantenerse a flote ante las circunstancias. En este contexto, Svampa (2008), menciona que:

Las fábricas recuperadas constituyen una de las expresiones más originales del ciclo de protestas abierto en diciembre de 2001. Frente al cierre masivo de empresas y la desocupación creciente, los trabajadores decidieron tomar en sus manos los medios de producción, dando lugar a experiencias autogestionarias que, además de generar empleo, cuestionaban de manera directa el orden económico y político vigente. (p. 57)

Tomar el control del espacio público y productivo, no solo sirvió como mecanismo de visibilidad a ciertas demandas, sino como representación de resistencia que transforma las relaciones de poder. Esta práctica convirtió las alternativas

económicas, las negociaciones con los actores privados y al mismo Estado en cuanto a la legitimidad como recurso y proyectar las demandas en la esfera pública.

Por otro lado, los medios de comunicación masiva como la prensa, la radio y la televisión fueron fundamentales para la difusión y circulación de la información sobre las movilizaciones sociales. Esto llevó a que los movimientos fueran visibles y la cobertura en los medios ayudara a la difusión de mensajes y la sensibilización de las causas (Castells, 2009). A pesar de ello, acceder a los medios dependía y estuvo ligado a las prioridades políticas y económicas de quienes operaban dichos medios. Esto dificultaba a los movimientos para manejar su propia narrativa o llegar a un público más amplio. El caso del Consejo Estudiantil Universitario (CEU) en la UNAM (1986-1987) muestra la movilización y cómo articularon sus demandas — como la democratización de las estructuras universitarias— a partir de un discurso completamente distinto al oficial. Cejudo Ramos (s.f) lo señala:

Aunque coincidieron en el objetivo, las autoridades definieron su proyecto en el eje narrativo de la “revolución”, mientras que los estudiantes organizados lo hicieron en el de la “democracia”; ellos les dotó de un bagaje argumental fundado en nociones que los definieron frente a sus oponentes en la geometría política universitaria. (p. 239)

La apropiación del espacio —sea en plazas, marchas o plantones— se convirtió en el medio fundamental para la construcción y la visibilización de la narrativa, fuera de la oficial. Lo que fue para la CEU, fue la construcción —desde el terreno comunicativo— la legitimidad desde el espacio físico y simbólico, frente a un discurso que buscaba la imposición de alcanzar un diálogo institucional.

Por otro lado, la represión estatal provocaba que las dinámicas de la movilización se trasladaran a contextos de resistencia clandestina. Los movimientos trabajaban en redes cerradas, es decir, utilizando estrategias como prensa clandestina y canales alternativos para difundir propaganda (Tilly, 2004). Dado que era violentamente reprimida la movilización abierta, la resistencia clandestina formó parte de una alternativa viable para las movilizaciones. Durante la llamada “Guerra Sucia”, en México de los años setenta, donde grupos guerrilleros tales como la Liga

Comunista 23 de septiembre (LC23S), produjeron su propio periódico clandestino, *Madera*, quien fungía con la finalidad de incidir con el proletariado y su organización. En el artículo *El periódico Madera, órgano de agitación de la Liga Comunista 23 de Septiembre (1974-1981)*, se menciona:

La LC23S se fundó en marzo de 1973 en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, México. Se trató de una organización de carácter nacional y fue el resultado de un proceso de unificación de varios grupos político militares de carácter urbano. El eje rector, tanto de su actividad política como de su accionar militar, fue un periódico clandestino llamado *Madera*. (Peñaloza, 2017, p. 2).

Este ejemplo nos muestra que, incluso en momentos de represión, la forma en que las personas tomaban control del espacio público en la era pre-digital, no se limitaba simplemente a la presencia física en calles y plazas, sino que, además, se construía a través de canales clandestinos de comunicación. Es decir, la circulación del periódico *Madera* ayudó a desafiar el control del discurso y mantener viva la resistencia, demostrando que los movimientos sociales lograban mantener sus demandas en el colectivo, incluso en condiciones de silencio impuesto por el autoritarismo.

No obstante, la comunicación individual para la difusión de la información y la organización de las protestas entre el colectivo resultaba fundamental, especialmente dadas las condiciones de persecución, vigilancia y represión. Retomando el caso de LC23S, su organización operaba mediante grupos pequeños y aislados, esto significa que cada militante conocía únicamente a unos pocos integrantes, lo que permitía disminuir riesgos de infiltración en caso de detenciones. Su organización era vertical, es decir, las decisiones tomadas provenían de una línea ideológica, mientras que los grupos se encargaban de llevar a cabo esas decisiones de manera descentralizada. Esto llevaba a que la organización, en caso de ser descubierto por el Estado, los demás podían continuar operando sin que la estructura quedara comprometida. Con esto, el artículo de Escamilla (2013), en la revista *Signos Históricos*, describe la dinámica organizativa de la organización:

Debido a la naturaleza clandestina de la Liga Comunista 23 de Septiembre, ésta tuvo que organizarse en una “compleja estructura piramidal, clandestina,

celular y compartimentada”. Así, las decisiones que tomaba la Dirección Nacional —como las relacionadas con los recursos económicos— se transmitieron a las brigadas, pasando por sus respectivos comités regionales, lo cual hizo visible su estructura partidaria leninista. Para transmitir la información en un entorno donde la organización podía ser infiltrada o cuyos integrantes podían ser capturados, y torturados por parte de las fuerzas de seguridad, se tomaron ciertas medidas como: al ser capturados, no dar información por lo menos durante tres días; el militante era responsable de destruir documentación importante para que o cayese en manos de la policía; se tenía un estricto código de vestimenta que evitara llamar la atención, y, finalmente, el consumo de bebidas alcohólicas estuvo prohibido. (Escamilla, 2017, p. 185)

Esta forma de organización muestra que la movilización social se apoyaba principalmente en la apropiación del espacio público y con la comunicación directa de una de sus principales herramientas: el periódico. La clandestinidad no solo respondía a la represión del Estado, sino que creaba maneras particulares de acción colectiva, donde el compromiso personal y el riesgo formaban parte de su participación. De este modo, la circulación de información y la distribución de material impreso no solo ayudaron a mantener la unión del colectivo, también convirtieron calles y barrios en espacios de disputa simbólica y política, mostrando que el espacio público se consolidaría como eje central de expresión y lucha por las demandas sociales.

Además, las dinámicas también se veían moldeadas por el contexto socioeconómico y cultural en el que se desarrollaban. En sociedades con altas tasas de analfabetismo, la oralidad era fundamental para la difusión de mensajes de protesta, mientras que, en contextos urbanos con acceso a medios impresos, los periódicos y panfletos eran los medios más populares para la convocatoria de la acción de los movimientos (Gohn, 2010). No obstante, cuando las luchas buscan trascender lo local, como las organizaciones de Guerrero, recurren a las formas orales de comunicación. Mediante comunicados colectivos, por ejemplo, han logrado que las demandas en torno a la defensa de la seguridad comunitaria, territorio o defensa de sus derechos sean visibilizados (Maldonado, 2010). En este contexto, pasar de la comunicación oral en zonas rurales a utilizar medios impresos, muestran cómo los movimientos sociales se ajustan y adaptan a los recursos

comunicativos respecto a las condiciones sociales y culturales, así como al público al que buscan llegar.

En resumen, la experiencia de la movilización social antes de la era digital, permite identificar que el espacio público, no solo fue un escenario de protesta, sino como recurso político y social que generó identidad colectiva, legitimidad frente al Estado y crear alternativas de organización colectiva. La toma de plazas, fábricas o inclusive instituciones, mediante mecanismos como huelgas o la utilización de prensa clandestina, reflejó la capacidad de los movimientos para cambiar tanto lo material como lo simbólico y así, visibilizar sus demandas en la esfera pública.

No obstante, estas alternativas que se desplegaron dentro y fuera de las organizaciones colectivas tuvo límites estructurales: dependencia al contacto físico, exposición frente a la represión, dificultades de control en la narrativa frente a los medios dominados por intereses económicos y políticos, y restricciones para hacer que los movimientos trascendieran lo local. Aunque estos obstáculos no limitaron completamente la fuerza de los movimientos, sí condicionaron su impacto y continuidad. Reconocer estas limitaciones permite entender el por qué las transformaciones —específicamente en la era digital— surgen como una oportunidad para romper con obstáculos y limitaciones que habían condicionado a los movimientos tradicionales, por lo que resulta necesario analizar las limitaciones de los modelos tradicionales de la protesta social, lo que permitirá comprender por qué la llegada de los medios digitales reconfiguró las narrativas de la acción colectiva.

II.1.2 Limitaciones de los Modelos Tradicionales de la Protesta Social

Las formas tradicionales de participación, como las movilizaciones sociales, mostraron limitaciones importantes, ya que muchas veces no lograban generar cambios profundos o sostenidos dentro de la estructura social. Como menciona Tilly (2004), estas movilizaciones eran eficaces para la visibilización de las demandas, pero no siempre garantizaban cambios a largo plazo, ya que se encontraban condicionadas principalmente a condiciones externas como las represiones por

parte del Estado, falta de recursos y la limitada capacidad de su difusión. En este sentido, estas protestas servían y cumplían principalmente su papel de presión frente a momentos puntuales, pero a menudo no contaban con los mecanismos necesarios para consolidar un cambio estructural profundo.

Además, otro de los principales obstáculos que dificultaban que las protestas llegaran a un público más amplio eran las barreras territoriales y logísticas. La circulación de información en los medios tradicionales tenía un alcance limitado, lo que hacía que la participación de los sectores excluidos de la sociedad se viera restringida. En el siglo XX, la televisión, la radio y los medios impresos fueron los medios y canales más utilizados, pero también los más controlados, lo que limitaba el acceso y la posibilidad de optar por narrativas alternativas (Tilly, 2004; Pérez, 2015).

Asimismo, el costo económico de los recursos que respaldaban y sostenían a las protestas tradicionales era elevado. Desde la impresión de panfletos, la organización de manifestaciones y el pago de espacios publicitarios limitaba y restringía la sostenibilidad de los movimientos a largo plazo (McAdam, 1982; Ramírez, 2017). Un ejemplo de ello fue el movimiento sindical en México en 1980, quien tenía muchas dificultades para la financiación de huelgas prolongadas. Ramírez (2017) explica que “los costos de mantener a los trabajadores fuera de la producción, sumados a los recursos destinados a propaganda y difusión, hacían que la presión económica fuera insostenible en el tiempo, lo que obligaba a los sindicatos a negociar en condiciones desfavorables” (p. 112). Este caso muestra cómo las limitaciones económicas y/o financieras influían directamente en las capacidades de acción entre los distintos grupos.

En cuanto a las burocracias estatales y los regímenes legales, también han formado parte de barreras constantes para las formas tradicionales de movilización. En cierta medida, los gobiernos han limitado las protestas a través de reglas y que condicionaban en cómo podían organizarse y qué procesos debían seguir. Según Tarrow (2010) sostiene que la imposición de permisos, la criminalización de ciertas

formas de protesta o el uso de leyes con interpretaciones ambiguas, fueron estrategias sistemáticas para el debilitamiento de los movimientos. Por lo que, González (2018) explica que, durante los años de 1970 “la obligatoriedad de solicitar permisos para manifestarse y la tipificación de delitos como motín o asociación delictuosa fueron empleadas de forma recurrente para frenar la movilización social y generar un clima de temor entre los manifestantes” (p. 89).

La dependencia de líderes carismáticos formó parte de otra de las limitaciones clave en los movimientos sociales. Si bien su presencia resultaba clave para la articulación de la militancia, su ausencia —fuera por asesinato, detención o por descrédito— lograba desarticular al movimiento rápidamente. Fernández (2016) denominaba a este fenómeno como “el peligro de desaparición”, ya que los movimientos quedaban vulnerables ante la falta de una estructura organizativa consolidada. Esto se muestra en el caso del movimiento del campesino Rubén Jaramillo, el cual perdió fuerza después del asesinato de su líder en 1962, quien defendió la causa agraria y el cumplimiento de las promesas revolucionarias. Tal como se documenta:

Finalmente, un error importante del PAOM fue su gran dependencia hacia la figura de Rubén Jaramillo. A la muerte del líder, en 1962, y después de la represión que se desató contra los jaramillistas, el PAOM no pudo mantener su cohesión orgánica y sus principales militantes se dispersaron. (Núñez, 2022, p. 47).

Este hecho mostró cómo poner demasiado énfasis en un liderazgo individual se convertía en una debilidad estructural en los modelos tradicionales de protesta social, ya que no siempre tienen mecanismos organizativos sólidos para mantener la lucha más allá de la figura carismática.

La influencia de los medios de comunicación principales sobre la narrativa y el momento en que se difundían, influía en la difusión de los canales de información dentro de las movilizaciones tradicionales. Los temas sociopolíticos, principalmente, tenían que competir por la agenda mediática, así como de muchos otros temas de interés en su momento, lo que hacía que fueran menos visibles y que su impacto en

la opinión pública fuera menor (Gitlin, 1980; Martínez, 2019). Así, el caso del movimiento magisterial de 1958, donde los medios de comunicación restaron la importancia de las huelgas implementadas por el movimiento de maestros, mientras que ponían más atención a las noticias relacionadas a la modernización económica promovida por el gobierno de López Mateos. De acuerdo con Aviña (2014), “la prensa de la época prefirió encuadrar las protestas magisteriales como expresiones aisladas de inconformidad, subordinándolas a la narrativa del progreso y estabilidad que el régimen buscaba proyectar” (p. 203). Este ejemplo muestra cómo la misma subordinación de las protestas a la agenda mediática, reducía la capacidad de legitimar sus demandas frente a la sociedad.

Por otro lado, los movimientos tradicionales solían depender de reuniones presenciales, comunicación por teléfono o incluso mediante el correo postal. Esto complicaba la coordinación en tiempo real de las acciones de los movimientos, ya que su difusión debía transmitirse de manera secuencial, pero la mayoría de las ocasiones de daba con retrasos, lo que generó dificultades ante reacciones rápidas e imprevistos o cambios en el escenario político, social o económico (Snow, 2004; Rodríguez, 2020). La falta de canales de comunicación inmediatos, dificultaba la construcción de estrategias o dinámicas colectivas ante la represión o las negociaciones con autoridades o actores externos. Esta forma de comunicación creaba, además, una afectación interna dentro del grupo o movimiento, pues la información fragmentada o tardía podía causar malentendidos, desconfianza o la percepción de desorganización. En consecuencia, la comunicación limitada no solo reducía la capacidad de acción, sino que condicionaba que el impacto social de las protestas sociales fuera menor, limitando su efectividad frente a las transformaciones del espacio social y las demandas emergentes de la población.

También, los movimientos sociales más antiguos experimentaron fragmentaciones internas. La variedad de ideas y prácticas dentro de una misma causa puede generar que a veces afecten la unidad y hacen que parezca que logran objetivos en conjunto. Desde Marx (2004), advertía que el carácter enajenado del individuo en las sociedades capitalistas produce divisiones incluso de los colectivos, pues “la

emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos” (p. 63), es decir, sin conciencia colectiva, los proyectos compartidos corren el riesgo de disolverse en intereses individuales. Por otra parte, Fromm (2010) explica que el énfasis en el individualismo moderno genera inseguridad y dependencia, lo que debilita los vínculos colectivos. Así, las disputas internas en los movimientos sociales no solo derivan de diferencias prácticas, sino de condiciones estructurales que dañan la unidad y la cohesión de las luchas.

Otro elemento limitante de la movilización tradicional era la represión del Estado. Esto sucedía a partir de la vigilancia, la infiltración o la misma violencia, lo que generaba miedo y hacía que activistas realizaran desmovilizaciones. El caso de la masacre de Tlatelolco en 1968, donde el Estado intervino mediante el uso de la fuerza militar y policial no solo para dispersar a los estudiantes físicamente, sino para el control simbólico del espacio público que ellos ocupaban, buscando quitar visibilidad al movimiento y legitimidad frente a la sociedad. Como lo plantea Lefebvre (1974), el espacio no es neutral; las prácticas en que usamos el espacio público forman parte fundamental de nuestra vida social y política. Con esto, la represión de Tlatelolco no solo trató de eliminar la presencia física de los estudiantes, sino que irrumpió la creación simbólica de la protesta como acto de resistencia colectiva. Complementando esta idea, Castells (2012) afirma que “el espacio público es el lugar de la representación y de la resistencia; cuando el Estado lo captura mediante la represión, niega la posibilidad de una construcción de un poder alternativo” (p. 145). Este enfoque deja en evidencia que la violencia estatal tiene un doble efecto: por un lado, rompe la acción inmediata y, por otro, debilita la capacidad de los movimientos en la capacidad de consolidar movimientos sostenibles y la continuidad de la lucha social a largo plazo, afectando tanto la dimensión simbólica y material de la movilización.

Por último, resulta importante reconocer que, ciertos segmentos de la población históricamente han quedado excluidos de las movilizaciones sociales, lo que revela que los modelos tradicionales de movilización tienen sus propias limitaciones estructurales. Las desigualdades de género, raza y clase social han hecho que

muchos grupos no puedan participar plenamente en los procesos de acción colectiva de las movilizaciones, lo que ha afectado la representatividad de los movimientos como en el impacto de las demandas propuestas (Piven & Cloward, 1979; Morales, 2017). Por ejemplo, en contextos urbanos y rurales, las mujeres a menudo han quedado en segundo plano en estos movimientos, lo que ha limitado su participación y visibilidad. Del mismo modo, los pueblos indígenas y las comunidades afrodescendientes han enfrentado barreras lingüísticas, territoriales y culturales dificultando su integración.

Además, la falta de acceso a redes de comunicación, recursos económicos y espacios de organización ha profundizado estas exclusiones, generando una participación desigual que beneficia a quienes cuentan con mayor capital social y recursos, dejando a otros fuera de esta integración (Castells, 2012). Como señala Gohn (2010), “las movilizaciones no pueden ser comprendidas sin analizar quién tiene la capacidad de participar, quién decide y quién es escuchado; la desigualdad estructural marca la frontera entre inclusión y exclusión en la acción colectiva” (p. 88). Con esto, los modelos tradicionales de protesta no solo enfrentaban obstáculos logísticos y políticos, sino que también terminaban reproduciendo desigualdades sociales existentes, dejando de lado a sectores marginados históricamente y condicionando la efectividad y legitimidad de las protestas sociales.

El cuadro 4 muestra las características principales de los modelos tradicionales de movilización, como la estructura jerárquica centralizada, la dependencia de líderes visibles y el uso de medios tradicionales. Estos aspectos nos ayudan a entender cómo se organizaron los movimientos sociales durante gran parte del siglo XX y qué tanto pudieron lograr, así como sus limitaciones.

**Cuadro 4. Aspectos y características de los modelos tradicionales de
movilización social**

Aspecto Social	Característica Social
Estructura organizativa	Se basa en organizaciones formales como sindicatos, partidos políticos y asociaciones civiles. La toma de decisiones es de arriba hacia abajo y centralizada.
Canales de comunicación	La información se comparte a través de medios tradicionales impresos, radio, televisión y reuniones presenciales.
Formas de protesta	Se emplean métodos como marchas, huelgas, boicots y manifestaciones en espacios públicos con una visibilidad social significativa.
Tiempo de respuesta	La estructura ayuda en la planificación previa y la coordinación para las acciones, lo que resulta en una respuesta más lenta a los eventos o crisis
Alcance	La movilización suele estar restringida a entornos regionales o nacionales, según la capacidad de los medios convencionales para distribuir información.
Liderazgo	Hay un fuerte énfasis en figuras visibles y estructuras jerárquicas, y los líderes encarnan y articulan demandas colectivas.

Desafíos	Entre sus principales limitaciones están los desafíos de la rápida difusión del mensaje, la censura gubernamental y los recursos necesarios para mantener el movimiento.
-----------------	--

Fuente: Elaboración propia sobre la base de Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing; Villoro, L. (1998). *El pensamiento moderno: Filosofía del Renacimiento*. Fondo de Cultura Económica; Fromm, E. (2004). *Marx y su concepto del hombre*. Fondo de Cultura Económica; Kapuściński, R. (2003). *Los cínicos no sirven para este oficio: Sobre el buen periodismo*. Anagrama.

Este cuadro muestra que los modelos tradicionales, aunque lograron expresar demandas, estaban bastante limitados por la represión del Estado, la censura en los medios y la exclusión de grupos marginados. La estructura rígida de estos movimientos hacía difícil que fueran inclusivos, lo que llevó al desarrollo de formas más flexibles de acción, algo que se vio favorecido por las herramientas digitales que surgieron después.

Los modelos tradicionales de protesta social jugaron un papel importante en la visibilización de las demandas y generar presión frente a situaciones específicas, pero también mostraron sus propias limitaciones estructurales, dichas limitaciones dificultaron que lograran cambios profundos en la sociedad. Factores como la dependencia a líderes carismáticos, la represión del Estado, los altos costos de movilización, las barreras logísticas y la subordinación a la agenda de los medios de comunicación afectaron la coordinación interna, la cohesión de los grupos y la legitimidad de sus demandas. Además, las desigualdades relacionadas con género, raza y clase influyeron en quién participaba, marginando a sectores que históricamente han estado excluidos y reduciendo el alcance de los movimientos.

Al observar estas limitaciones, resulta evidente que los movimientos sociales no permanecen estáticos, en realidad, siempre buscan adaptarse y reconfigurarse ante las restricciones políticas y sociales. La dificultad para mantener una unión consolidada, garantizar la participación inclusiva y asegurar visibilidad de las demandas, llevó a buscar nuevas estrategias de organización y comunicación. En este escenario, el activismo digital surge como respuesta a los obstáculos de los modelos tradicionales de protesta social, permitiendo una construcción de

identidades inclusivas y una mayor coordinación en tiempo real. Por ello, resulta necesario analizar y entender cómo estas transformaciones cambian la acción colectiva, redefiniendo los mecanismos de participación, movilización y legitimidad de las protestas sociales en la era digital.

II.2 Reconfiguraciones en la acción colectiva. Del activismo tradicional al digital

Las herramientas digitales han reconfigurado las formas de organización, participación y protesta de la acción colectiva en el espacio social. En este sentido, Lefebvre (1974), menciona que el espacio no solo es un lugar donde convergen las relaciones sociales, sino que se produce continuamente a través de las prácticas, representaciones y experiencias vividas. Con esto, los medios digitales constituyen un nuevo espacio social en el que grupos y colectivos pueden expresar sus demandas, visibilizar y transformar la interacción social sin la necesidad de la presencia física, ampliando así la dimensión del espacio público tradicional.

Sin embargo, es importante reconocer que esta transición ha traído consigo desafíos y retos. Uno de ellos es el activismo aislado, que se refiere a cómo los individuos participan en causas digitales de manera dispersa o sin algún vínculo de alguna estructura colectiva más amplia, lo que puede hacer que las acciones sean menos efectivas y limitar la eficacia de las demandas. Además, el control excesivo de las plataformas digitales —mediante algoritmos, censura o regulación de contenidos— influye y condiciona la difusión de mensajes y la centralización de la visibilidad de ciertos actores o causas, limitando la democratización que la tecnología podría ofrecer (Tufekci, 2017).

Respecto a las tecnologías digitales, las cuales son los medios y herramientas que permiten la libre comunicación, interacción y difusión de información en tiempo real, tales como redes sociales, aplicaciones de mensajería, foros y espacios en línea y plataformas colaborativas (Castells, 2012). Estas tecnologías no solo facilitan el intercambio de información, sino que redefinen las relaciones sociales, el espacio de la acción colectiva y la organización colectiva.

De igual manera, la incorporación de estas herramientas a ámbitos políticos, sociales, económicos y culturales ha transformado el espacio social y, en consecuencia, las formas de movilización y cómo se expresan las demandas en el espacio público. Desde la idea de Lefebvre (1974), la digitalización del espacio no solamente reconfigura la organización física de los colectivos, sino que genera representaciones y significados que permiten que la acción colectiva pueda ir más allá de las barreras geográficas y temporales del activismo tradicional. Y, de esta forma, Fromm (2010) señala que la interacción digital modifica la experiencia social del individuo dándole de más autonomía, pero también de riesgo de aislamiento.

Respecto a la comunicación, la transición del activismo tradicional al digital ha marcado una notable diferencia respecto a las limitaciones de los modelos anteriores, al permitir una rápida difusión de mensajes, audiencias mucho más amplias y la posibilidad de contar con la autoorganización de los participantes, sin depender de líderes o medios tradicionales para su difusión. Gracias a las redes sociales, los grupos pueden compartir y difundir información sobre sus demandas, convocatorias y estrategias de forma práctica, sencilla y efectiva. Poniendo como ejemplo la transición del movimiento #NiUnaMenos en América Latina, que mediante campañas a través de redes como Facebook y Twitter, logró la articulación de protestas simultáneas en distintas ciudades sin la necesidad de una coordinación presencial centralizada. Como lo explica Claudia Nora Laudano (2019) cómo la cadena misma de tuits y la misma apropiación del hashtag permitió la articulación y convocatoria sin la necesidad de una coordinación física:

El tuit iniciático de una periodista radial ante la noticia del 11 de mayo de 2015 [...] decía: 'Actrices, políticas, artistas, empresarias, referentes sociales... mujeres, todas, bah, ¿no vamos a levantar la voz? NOS ESTÁN MATANDO'. La emotiva interpelación, dirigida a destinatarias potenciales de muy distintos ámbitos, generó respuesta inmediata en colegas seguidoras de la cuenta en Twitter quienes, tras arrobar a otras, generaron intercambios entre 10 tuiters. Allí definieron lanzar una acción de protesta contra los femicidios en la ciudad de Buenos Aires con fecha y lugar precisos: el 3 de junio, a las 17h, en la plaza frente al Congreso de la Nación. (Laudano, 2019, p. 15–16).

Esta acción muestra cómo un solo tuit, funcionó como un detonante para la organización de una protesta social de este alcance. Es decir, esta acción no vino de un comité ni de estructuras jerárquicas tradicionales, sino de una red de interacciones mediadas por Twitter. En este sentido, el movimiento #NiUnaMenos ilustra cómo el espacio digital puede crear nuevas formas de acción colectiva que traspasan y rompen con barreras logísticas de los modelos tradicionales, permitiendo una convocatoria más inmediata y con capacidad de articular y unir a diferentes sectores de la sociedad simultáneamente. Además, confirma lo que señala Castells (2012), cuando menciona que “el poder de las redes radica en su capacidad de conectar y movilizar sin necesidad de una organización formal” (p. 221), lo que redefine la manera que se construyen, comparten y sostienen las protestas sociales en el espacio público hoy en día.

Aunque las plataformas digitales han permitido muchas posibilidades, también plantean desafíos relacionados a la sostenibilidad y cohesión en la acción colectiva. Cuando se menciona la ausencia de una ‘estructura clara’, se hace referencia la falta de jerarquías establecidas, mecanismos de coordinación o roles específicos dentro del colectivo digital, esto puede hacer más difícil que las decisiones se tomen de manera efectiva y las acciones sean coherentes a largo plazo. Por ejemplo, durante las protestas de Chile en 2019, los jóvenes activistas lograron una convocatoria rápidamente gracias a que las redes sociales permitieron la viralidad de sus demandas, pero la ausencia de una estructura organizativa sólida generó enfrentamientos internos y estrategias dispersas, lo que terminó limitando la efectividad y continuidad de las acciones.

No obstante, este fenómeno puede explicarse a partir de Villoro (2004), quien identifica que la tensión constante entre la autonomía individual y la responsabilidad colectiva implica siempre un equilibrio entre libertad y compromiso social. Por otro lado, Fromm (2010) advierte que la modernidad y el individualismo, impulsado por lo digital, tiene dos efectos: por un lado, fomenta que las personas participen de manera más activa y diversa, pero también, provoca la dispersión y fragmentación de los movimientos sociales. Además, Marx (2004) plantea que la acción de un

grupo solo funciona si las personas toman conciencia del interés común y unen esfuerzos de solidaridad. De este modo, el activismo digital se convierte en un espacio lleno de tensiones y oportunidades, donde la forma en que se produce el espacio social, la interacción entre las personas y la creación de identidades compartidas dependen, en gran medida, de las tecnologías digitales.

Una de las funciones fundamentales respecto a las estructuras de las redes sociales es que éstas actúan como una herramienta para visibilizar y exponer la presión política que enfrentan los grupos activistas. Movimientos como #NiUnaMenos, basado en denunciar públicamente la violencia de género y feminicidios, teniendo como impacto la colocación de la problemática históricamente invisibilizado en la agenda nacional, obligando y forzando a las instituciones gubernamentales en el reconocimiento de la crisis de violencia contra las mujeres (Mendoza, 2018). De manera similar, el caso de los 43 estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa encontró en el espacio digital como un medio de difusión de la demanda de verdad y justicia; el impacto trascendió y logró la presión buscada hacia el Estado a rendir cuentas ante organismos internacionales (Hernández, 2016). Finalmente, las protestas contra la llamada Ley Televisa y los intentos de reforma en el ámbito de telecomunicaciones se basaron, principalmente, en la crítica al monopolio mediático y la concentración del poder informativo; las redes sociales lograron articular una narrativa que logró un impacto en el debate público y ejerciendo presión en el Congreso para que se reconsiderara algunos aspectos de la legislación (Huerta-Wong & Gómez, 2013). Estos ejemplos muestran cómo, en el contexto digital, las demandas e injusticias colectivas encuentran un espacio en el que se amplifican y convierten la voz y fuerza de la indignación ciudadana en una presión política y social.

Aunque las formas de movilización solían limitarse a manifestaciones, huelgas o boicots, el activismo digital ha creado nuevas formas de protesta social. Hoy en día, las estrategias más recientes de resistencia en la era digital incluyen el hacktivismo, el cual se caracteriza por utilizar habilidades tecnológicas para entrar en sistemas digitales como forma de denuncia. Como explica Coleman (2014), “el activismo

combina la cultura hacker con la acción política, utilizando la disrupción tecnológica como medio de visibilización y resistencia frente a instituciones y corporaciones” (p. 108). En cuanto a las peticiones en línea, la participación masiva era el punto clave: las firmas se convierten en una forma de presión que da legitimidad. Tufekci (2017) menciona que, “las plataformas de peticiones digitales no solo representan el número de firmas, sino que convierten esa cifra en una señal pública de legitimidad frente a los gobiernos y empresas” (p. 132). Finalmente, las operaciones algorítmicas buscan ganar visibilidad en redes sociales utilizando bots, hashtags o técnicas de posicionamiento. Al respecto, Lee y Ting (2021) afirman que, “las batallas contemporáneas por la opinión pública en línea se libran en gran medida en el terreno algorítmico donde la visibilidad determina la existencia política de un movimiento” (p. 74).

En conjunto, estas formas de protesta digital muestran cómo los movimientos sociales han sabido adaptarse al entorno digital, combinando comunicación, participación ciudadana y medios digitales. Teniendo como ejemplo el movimiento global contra el cambio climático: en algunos casos ha utilizado el hacktivismo para denunciar la manipulación de datos, lo que ha impulsado las campañas de peticiones en línea —como las impulsadas por *Fridays for Future* o Greenpeace— para exigir políticas públicas y la utilización de estrategias algorítmicas para la viralización de consignas en redes sociales como *#FridaysForFuture* o *#ClimateStrike* (Pickard, 2019). En este contexto, lo menciona Bennett y Segerberg (2013) a modo de resumen:

El surgimiento de la acción colectiva digital se caracteriza por la combinación flexible de herramientas tecnológicas que permiten a los ciudadanos coordinarse, presionar y visibilizar demandas en múltiples niveles. Estos repertorios de acción —que incluyen hackeos, campañas de apoyo masivo y la manipulación de circuitos informativos— no son simplemente extensiones de las protestas tradicionales, sino que reconfiguran el sentido mismo de la movilización al articular redes descentralizadas capaces de adaptarse rápidamente a los contextos sociales y políticos (p. 45).

La transformación de la movilización social en el espacio público hacia el activismo digital, no ha sido un camino sencillo y ha enfrentado desafíos y restos que incluso

parecen ser contradictorios. La cantidad de información que circula en las redes puede generar confusión y desinformación, pero al mismo tiempo, los algoritmos impiden que las causas importantes se pierdan entre la cantidad de datos. En este contexto, distinguir un movimiento legítimo se está convirtiendo cada vez más difícil, ya que se encuentran muchos intereses en juego, inclusive de personas con malas intenciones (Pariser, 2011). Un ejemplo de ello fue la llamada “revolución verde” en Irán en 2009, donde la narrativa internacional, difundida principalmente en Twitter, no siempre mostró la verdadera magnitud de las protestas internas, lo que generó dudas sobre la legitimidad y manipulación de estos movimientos (Morozov, 2011). Además, se plantea que en las plataformas digitales presentan dilemas relacionados con la censura y moderación de contenidos, ya que los algoritmos priorizan ciertos mensajes y otros son silenciados. Esto no solo trata de un asunto de libertad de expresión, sino del poder algorítmico que condiciona qué luchas se vuelven visibles y cuáles quedan minimizadas. Como lo advierte Zuboff (2019), “la arquitectura digital no es un espacio de libertad absoluta, sino un mercado de vigilancia que filtra, organiza y jerarquiza la información disponible” (p. 210).

En tanto que la vigilancia digital y la criminalización del activismo en línea son, además, algunos de los grandes desafíos que enfrentan a quienes participan en las protestas sociales digitales. La manera en que la información se difunde y circula ha motivado a que gobiernos, instituciones y empresas a la creación de tecnologías para el monitoreo para el seguimiento de los activistas (Deibert et al., 2010), con el objetivo de debilitar y controlar a las mismas organizaciones. Con esto, puede entenderse desde lo planteado por Lefebvre (1974). Primero, el espacio concebido, que viene dado por las regulaciones, leyes y las estructuras digitales de control de información; el espacio percibido, aparece en la práctica cotidiana de quienes experimentan la vigilancia y el monitoreo como parte de la interacción en línea; y el espacio vivido que surge en las estrategias de resistencia, utilizando recursos como en anonimato o las redes alternativas en donde se producen los significados colectivos de apropiación y lucha. Esto ayuda a entender que la protesta social digital no solo trata de un asunto técnico, sino que también se desarrolla en el terreno de los espacios sociales, donde quienes tienen el poder, buscan imponer el

control, y los activistas intentan reapropiarse de él para así, mantener abierta la posibilidad de emancipación.

Aunque la protesta en las redes sociales enfrenta algunos desafíos, el espacio digital destaca por ser un lugar donde la inclusión y la diversidad juegan un papel importante al permitir que diferentes grupos históricamente excluidos de las protestas en los espacios físicos —ya sea por violencia estructural o por ser más vulnerables a la represión— puedan expresar y difundir sus demandas colectivas. Actualmente, las redes sociales emergen como recurso que los movimientos de los grupos feministas, indígenas y LGBTQ+ utilizan para generar conciencia colectiva y la construcción de redes de apoyo para desafiar las estructuras de poder (Jenkins, 2016). Estas comunidades han logrado reconstruir narrativas sociales a partir de relatos colectivos que transforman las experiencias individuales en discursos políticos que desafían a quienes ejercen el poder. Como afirma Villoro (), “toda comunidad se constituye en torno a su relato compartido que legitima su acción y su horizonte de emancipación” (p. 56). De esta forma, han surgido nuevas formas de interacción política basadas en la descentralización, participación en tiempo real y en la horizontalidad (Bennett & Segerberg, 2013). Asimismo, los medios de comunicación tradicionales ya no controlan toda la narrativa, es decir, ahora permiten a los propios colectivos producir, difundir y disputar las narrativas sociales.

A pesar de los retos como la vigilancia, la criminalización y la desinformación en las redes sociales, el activismo en el espacio digital sigue siendo una forma que permite producir procesos de movilización para generar cambios sociales. Sin embargo, es fundamental que los movimientos que se difunden en línea estén alineados con las necesidades y demandas de los colectivos dentro del espacio público. Grandes protestas como por ejemplo la Primavera Árabe en 2011 o las manifestaciones en Hong Kong en 2019 demostraron que, cuando lo digital y lo presencial, en conjunto, pueden producir grandes resultados tanto en lo político como en lo social (Howard & Hussain, 2013). En el caso de la Primavera Árabe, se logró la caída de regímenes autoritarios como los de Ben Ali en Túnez y Hosni Mubarak en Egipto, mientras que, en Hong Kong, la presión de los ciudadanos logró impedir la ley de extradición.

Aunque ambos movimientos enfrentaron obstáculos como la represión, evidencian que la articulación entre el espacio físico y el digital, es capaz de generar transformaciones sociales y políticas de gran alcance.

El desafío actual respecto al uso del espacio digital para producir y difundir el activismo se basa en que los movimientos puedan mantenerse y lograr cambios duraderos. En un contexto donde todo parece ser efímero, las causas a menudo pierden rápidamente el flujo constante de la información. Como lo señala Villoro (-), “la modernidad ha creado un escenario en el que “las convicciones profundas se ven desplazadas por opiniones transitorias, dictadas por la moda y lo inmediato” (p. 142), lo que dificulta la construcción de una acción política estable y duradera. Además, la opinión pública no se encuentra fija; está influenciada por los intereses de los medios y el ritmo acelerado de consumo de noticias. Y, desde el punto de vista de Kapuściński (2002), menciona que “la opinión pública es inestable, fácilmente manipulable y rehén de los titulares de un día” (p. 47), lo que genera un terreno incierto para los movimientos sociales, que buscan convertirla indignación inmediata en cambios reales en la transformación estructural social y en las políticas públicas.

Con la acción colectiva basada en los modelos tradicionales y el auge del activismo digital, la dinámica de la acción colectiva ha cambiado, incluida la participación ciudadana y la movilización social. En la era digital, los procesos de difusión de la información a bajo costo o sin coste alguno, la ampliación de las estrategias y la visibilización de los sectores marginados se ha incrementado la influencia de los movimientos sociales en distintos grupos y espacios territoriales. Pero también han surgido desafíos sociales entorno a la desinformación, la censura, la vigilancia y la sostenibilidad de las demandas y de las protestas. En este sentido, es fundamental mantener un diálogo constante entre las opciones y las limitaciones de las protestas tradicionales en el espacio público y en el espacio digital, para permitir que dentro del activismo digital se consolide una estructura de protesta como un complemento y no como un sustituto de la organización y de las acciones de los colectivos en el espacio urbano.

Los cambios de la organización de los modelos tradicionales al activismo digital han reconfigurado la acción colectiva transformando las modalidades sobre la organización, los grupos de protestas, la difusión de las demandas y la participan de los movimientos sociales. En el cuadro 5 se observa el proceso de la reconfiguración del activismo presencial al activismo digital, mostrando las dimensiones en el que se soporta cada uno. Se observa el cambio respecto a las trayectorias de carácter verticales a horizontales, el énfasis en las redes sociales digitales en oposición a los medios de comunicación convencionales como la radio y la televisión. Existe una mayor velocidad en las respuestas y en la difusión global, es decir, sin límites geográficos.

Cuadro 5. Organización, difusión, alcances, inclusión y desafíos en el activismo presencial y activismo digital

Dimensión	Activismo presencial	Activismo digital
Organización	Liderazgo jerárquico, visible y centralizado.	Organización en red con liderazgo difuso y fluido.
Medios de difusión	Medios impresos, radio, televisión y panfletos.	Redes sociales; plataformas digitales; blogs; mensajería instantánea.
Tiempo de respuesta	Lento, necesita planificación previa y logística intrincada.	Rápido, lo que permite organizar protestas y campañas en tiempo real.
Alcance	Mayormente local o nacional, lo que puede difuminar las barreras.	Mundial, las preocupaciones no deben ser confinadas a una región.
Formas de protesta	Marchas, huelgas, boicots, ocupaciones de espacios públicos.	Hashtags, peticiones en línea, hacktivismo y boicots digitales.

Inclusión	Limitada a quienes pueden asistir físicamente a eventos o reuniones.	Abierta a cualquier persona con acceso a internet, ampliando la inclusión.
Desafíos	Represión física, censura en medios tradicionales, costo elevado de organización.	Desinformación, activismo transitorio, dependencia de algoritmos y vigilancia digital.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de Lefebvre, H. (1974). *La producción del espacio*. Capitán Swing; Villoro, L. (1998). *El pensamiento moderno: Filosofía del Renacimiento*. Fondo de Cultura Económica; Fromm, E. (2004). *Marx y su concepto del hombre*. Fondo de Cultura Económica; Kapuściński, R. (2003). *Los cínicos no sirven para este oficio: Sobre el buen periodismo*. Anagrama.

Este cuadro muestra cómo la acción colectiva cambió mucho cuando pasó al mundo digital. Mientras que las protestas cara a cara tenían sus límites en cuanto a tiempo, recursos y a veces incluso eran objeto de represión, lo digital trajo nuevas maneras de organizarse y compartir información, lo que hizo que más personas pudieran participar. Pero también trae ciertos riesgos, como la proliferación de noticias falsas y la dependencia de plataformas privadas que controlan buena parte del contenido.

El activismo digital enfrenta problemas de desinformación, y es necesario conocer y comprender la manera en que las herramientas digitales, como son las redes sociales, los algoritmos y el hacktivismo son elementos fundamentales para producir las formas de la organización y de la difusión de los movimientos sociales. En este sentido, qué impacto tienen las herramientas digitales en la organización y difusión de los movimientos sociales en el espacio público.

II.3 El espacio digital como elemento de organización y difusión de los movimientos sociales en el espacio público

Con el avance de las tecnologías digitales y la consolidación de las plataformas de comunicación en línea han transformado las dinámicas en que los movimientos sociales se organizan y movilizan. Estas herramientas no solo han facilitado que las personas se conecten entre sí, sino que también han permitido que las demandas colectivas se difundan rápidamente y a nivel global. Como explica Castells

(2012), “los movimientos sociales de la era de Internet se constituyen y desarrollan fundamentalmente en el espacio de comunicación creado en torno a la red, pues es ahí donde se definen sus objetivos, se organizan y se proyectan hacia el resto de la sociedad” (p. 152). Por eso, el espacio digital debe entenderse como un complemento al espacio público físico, que amplía las oportunidades de coordinar y dar visibilidad a las causas sociales.

Un aspecto importante a destacar es cómo las redes sociales han abierto las puertas para que las comunidades se formen, organicen y articulen acciones colectivas. Plataformas como Facebook, Twitter (hoy X) e Instagram facilitan que las personas compartan experiencias, expresen sus opiniones libremente y planifiquen movilizaciones en tiempo real. Como señala Toret (2013), el gran potencial de estas herramientas se puede ver claramente en las protestas masivas que logran captar la atención tanto de los medios como del público en general. Esto sucede cuando el “momento de la conectividad” se convierte en una pieza clave para que surjan acciones colectivas. Así, las redes sociales han pasado de ser espacios donde la gente simplemente interactúa día a día, a convertirse en instrumentos clave para la acción política y ciudadana.

Otro elemento muy importante en los movimientos sociales de hoy en día es la descentralización de sus estructuras. A diferencia de las formas antiguas de movilización, que dependían mucho de líderes en posiciones jerárquicas y de mando estrictas, ahora los activistas pueden organizarse y coordinarse a través de plataformas en línea, chats grupales y aplicaciones de mensajería como WhatsApp o Telegram. Esta dinámica de trabajo les permite responder rápidamente a cada situación y les da más poder para reaccionar en momentos clave. Según Castañeda (2017), esta organización en la que todos participan por igual y, basada en lo que llama “multitudes conectadas”, genera un liderazgo más distribuido y crea un sentido de pertenencia compartido, lo que hace que los movimientos sean más fuertes y sean más sostenibles. Como resultado, hoy los movimientos sociales en la era digital no solo dependen de figuras centrales o líderes, sino que también ganan legitimidad al interactuar desde diferentes voces y acciones conjuntas.

La difusión de contenido multimedia se ha convertido en una parte clave en la forma en que las protestas sociales se transforman en el entorno digital. Poder compartir fotos, videos y transmisiones en vivo ha hecho que sea más fácil documentar abusos, denunciar injusticias y visibilizar problemas estructurales en tiempo real. Ver estas imágenes y videos ha sido fundamental para crear empatía en gente de todo el mundo y para presionar a instituciones y gobiernos. Como explica Gutiérrez (2019), “la imagen se vuelve un testimonio y una acción política, una prueba que exige una respuesta frente a la injusticia” (p. 203). Así, el contenido audiovisual no solo se comparte como información, sino que también se usa como una forma de denunciar y mostrar solidaridad, sea a nivel nacional o internacional.

En este contexto, las redes sociales han permitido la creación de campañas virales usando hashtags, peticiones en línea y formas de difundir contenidos rápidamente. Ejemplos como #MeToo o #NiUnaMenos muestran cómo estas dinámicas tienen el poder de construir discursos colectivos, amplificar testimonios y mover a millones de personas en diferentes contextos nacionales y culturas. Fernández (2020) dice que “la viralidad no es un fenómeno superficial, sino un dispositivo político que permite a la acción colectiva trascender las fronteras físicas y lingüísticas” (p. 117). La gran cantidad de personas que participan en estos movimientos muestra que la lógica de las redes impulsa una protesta que trasciende fronteras, donde la experiencia personal se convierte en una voz colectiva.

Otro aspecto clave de las herramientas digitales es la inmediatez y la simultaneidad que permiten en la acción colectiva. A diferencia de los métodos tradicionales de organización, donde preparar una protesta podía tomar semanas o incluso meses, hoy en día se puede convocar una manifestación, coordinar grupos, contingentes y difundir mensajes en cuestión de minutos. La rapidez con la que la información circula hace que podamos responder mucho más rápido a lo que está pasando en ese momento. Como dice Castells (2012), “la red no solo facilita la comunicación, sino que la acelera hasta el punto de convertir la acción colectiva en un fenómeno casi instantáneo” (p. 164). Esto ha hecho posible que surjan movimientos que

pueden reaccionar de inmediato a crisis sociales, políticas o humanitarias, aumentando así la presión sobre las instituciones y actores involucrados.

No obstante, no basta con reconocer lo rápido que es la comunicación digital; también resulta necesario entender el papel que tienen los algoritmos y la estructura de las plataformas en cuanto a la visibilidad de los movimientos sociales. Las empresas tecnológicas crean sus sistemas de recomendación de contenidos basándose en intereses comerciales y patrones de consumo, lo que puede hacer que ciertos mensajes se amplifiquen más que otros, pero también puede hacer invisibilizar la información que no les conviene. Como dicen Van Dijck, Poell y De Waal (2018) “las plataformas no son meros canales neutros, sino infraestructuras mediadas por algoritmos que moldean el acceso y la circulación de la información” (p. 29). Por ello, la protesta digital no siempre depende únicamente de los activistas, sino que también está afectada por mecanismos que responden más a las reglas del mercado que a sus intereses. Esto abre un debate sobre cuánto control tienen realmente los movimientos digitales, y si su libertad de acción está influenciada por las grandes empresas que controlan quién ve qué en estas plataformas.

Además de estos beneficios, se ha discutido mucho sobre el fenómeno del “clicktivism” o activismo de bajo esfuerzo. Esto se refiere a participar digitalmente con pocas acciones —dar “me gusta”, compartir algo en redes sociales o firmar una petición en línea — sin un compromiso profundo con la causa. Morozov (2011) señala que estas formas de participación, aunque ayudan a hacer ruido en las redes sociales, también pueden correr el riesgo de reducir la protesta a simples gestos simbólicos que no generan cambios reales en las estructuras. Sin embargo, investigaciones recientes muestran que estas prácticas pueden ser una buena forma de acercar a las personas a la política y que, con el tiempo, sirvan para que se impliquen más activamente. La tecnología digital no reemplaza a las protestas en persona, pero funciona como un complemento que ayuda a ampliar el alcance y a involucrar a más ciudadanos en la causa.

Otra parte que a veces no se explora tanto, pero de gran relevancia, es cómo las plataformas digitales ayudan en la construcción de la memoria colectiva. Gracias al internet, podemos guardar, recuperar, archivar y compartir contenidos de forma prácticamente ilimitada, lo que permite que las luchas sociales puedan seguir vivas más allá del momento de la protesta. Fotos, videos, hashtags y conversaciones en línea se vuelven como archivos donde se documentan injusticias, se preservan testimonios y se refuerza la identidad de los grupos a lo largo del tiempo. Como menciona Harlow (2013), “el activismo digital no solo moviliza en el presente, sino que también construye un archivo vivo de resistencia que sirve de inspiración y guía para generaciones futuras” (p. 76). Así, el espacio digital se convierte en un lugar donde la memoria social se guarda y se comparte, ayudando a que las luchas sigan presentes mucho después de cada coyuntura.

Ahora bien, la trayectoria de estas plataformas también enfrenta varios obstáculos y desafíos importantes. Uno de ellos es la manipulación de la información, algo que puede distorsionar los mensajes y poner en duda la legitimidad de los movimientos sociales. Además, cuando los gobiernos autoritarios usan tecnologías de vigilancia digital, se convierten en una barrera seria para la libertad de expresión y la seguridad de los activistas. Ziccardi (2018) advierte que “los entornos digitales son espacios en disputa, donde la censura y la vigilancia se ejercen como mecanismos de control político que buscan inhibir la organización ciudadana” (p. 65). En este escenario, la supuesta apertura del espacio digital también debe ser analizarse considerando sus tensiones y vulnerabilidades.

Otro gran desafío es la brecha digital que aún persiste. Muchas personas y comunidades todavía no tienen acceso a internet o no cuentan con dispositivos tecnológicos adecuados, lo que limita su participación en el mundo digital. Esto, a su vez, refuerza las desigualdades y deja fuera a muchas comunidades del debate público digital. Martínez (2021) señala que “el acceso desigual a las tecnologías de la información se traduce en una desigualdad en la capacidad de acción política y organización social” (p. 89). Así, el ideal de una ciudadanía digital que sea realmente

universal se ve truncado, principalmente por las realidades socioeconómicas que impiden que muchas personas puedan aprovechar estas herramientas.

A pesar de sus limitaciones, las plataformas digitales han jugado un papel importante en democratizar el acceso a la información y en dar más poder a comunidades que han sido históricamente marginadas. Gómez (2022) señala que compartir experiencias y crear estrategias en línea ayuda a fortalecer la resiliencia social y a construir redes de justicia que trascienden las fronteras locales. Poder organizar demandas en situaciones marginadas o de la periferia y darle voz a nivel global es una de las mayores potencialidades del espacio digital.

La influencia del alcance global de los informes sobre abusos y violaciones a los derechos humanos ha crecido mucho gracias a la velocidad con la que se difunden a través de las plataformas digitales. Santos (2023) señala que esta circulación rápida a nivel mundial ayuda a que diferentes grupos se unan en solidaridad y, al mismo tiempo, genera presión política que derivan en cambios y en la creación de mecanismos para la protección de derechos. De esta forma, el espacio digital se convierte en un motor para la justicia social, conectando las acciones locales con temas internacionales.

Las herramientas digitales también han hecho posible la creación de plataformas colaborativas donde activistas y organizaciones comparten recursos, coordinan estrategias y analizan datos para lograr un mayor impacto en sus campañas. Este tipo de iniciativas no solo mejora la transparencia, sino que también contribuye a que las instituciones rindan cuentas en entornos sociales muy dinámicos. Ruiz (2024) comenta que “las plataformas colaborativas son espacios donde la inteligencia colectiva se organiza y se despliega estratégicamente en función de objetivos comunes” (p. 59). Así, la acción digital en grupo no solo consiste en protestar, sino que también permite planificar, monitorear y evaluar las políticas sociales.

Sin embargo, la ciberseguridad se vuelve una preocupación clave en este escenario. A medida que el activismo digital crece, los movimientos sociales se

exponen a ciberataques, hackeos y vigilancia indebida. Como Ziccardi (2018) explica, usar estrategias para mantener el anonimato y la protección de los datos garantiza que las redes de activistas permanezcan seguras (p. 79). La protección en el mundo digital es indispensable para mantener la legitimidad y la continuidad de estos movimientos.

Por último, las herramientas digitales han transformado las formas y narrativas en que los movimientos sociales cuentan sus historias, dándoles la oportunidad de crear discursos alternativos frente a las narrativas dominantes que transmiten los medios tradicionales. A través de blogs, pódcast y vídeos, los activistas construyen relatos y comparten experiencias que resignifican voces silenciadas y reinterpretan la protesta como un acto de memoria y resistencia. Gutiérrez (2019) afirma que “la narrativa digital se convierte en un espacio de contrahegemonía, donde los sujetos subalternos pueden expresar su verdad y disputar el sentido de lo público” (p. 211). En este sentido, lo digital no solo funciona como una herramienta organizativa, sino también como un espacio simbólico donde se lucha por el poder cultural y político.

Para cerrar este apartado sobre el movimiento de la construcción y la difusión de los movimientos sociales con herramientas digitales, la tabla que a continuación se presenta, da una visión amplia de los aspectos positivos y negativos que han surgido de las herramientas digitales para acciones colectivas. Las dos revoluciones no son meramente fenómenos contrastantes, ni valen como clichés para avanzar la agenda de la industria tecnológica frente a las libertades civiles y responsabilidad política; más bien, cuando se comparan las dos revoluciones, podemos identificar cómo las plataformas digitales han facilitado potencialmente la comunicación, la participación cívica y la organización en relación con la protesta, al mismo tiempo que facilita un clima de desinformación, vigilancia digital y el afianzamiento de la fragmentación de los movimientos. Esta dicotomía encarna realidades del activismo digital, mostrando la necesidad de estrategias efectivas que puedan capturar las oportunidades disponibles y mitigar las posibles amenazas que plantea en la búsqueda de justicia social.

En el cuadro 6, se analizan tanto los beneficios como las limitaciones del espacio digital en cómo se organizan y difunden los movimientos sociales. Este espacio aparece como un lugar lleno de contradicciones: por un lado, ofrece muchas oportunidades para que la gente participe masivamente, pero por otro, también puede ser un escenario donde el control, la censura o la fragmentación se vuelven problemáticos.

Cuadro 6. Aciertos y desaciertos del espacio digital como elemento de organización y difusión de los movimientos sociales en el espacio público

Impacto	Aspectos positivos	Aspectos negativos
Difusión de información	Facilita una comunicación rápida y extensa.	Permite la propagación de información falsa y desinformación.
Participación ciudadana	Abre espacios inclusivos para una participación más amplia.	Provoca activismo efímero o activismo temporal.
Organización de protestas	Organiza eventos sin necesidad de reuniones presenciales.	Puede depender demasiado de plataformas privadas que limitan lo que ves (y escuchas).
Interacción con la audiencia	Fomenta el discurso público y la formación de comunidades en línea.	Puede contribuir a la polarización y el acoso en línea en los movimientos.
Seguridad y vigilancia	Otorga anonimato a los activistas bajo regímenes autoritarios.	Expone a los participantes a la vigilancia estatal y corporativa

Movilización y alcance	Permite múltiples acciones en todo el mundo al mismo tiempo.	Podría fragmentar la cohesión del movimiento y producir un pobre sentido de liderazgo.
-------------------------------	--	--

Fuente: Elaboración propia sobre la base de Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing; Villoro, L. (1998). *El pensamiento moderno: Filosofía del Renacimiento*. Fondo de Cultura Económica; Fromm, E. (2004). *Marx y su concepto del hombre*. Fondo de Cultura Económica; Kapuściński, R. (2003). *Los cínicos no sirven para este oficio: Sobre el buen periodismo*. Anagrama.

El cuadro muestra que el espacio digital facilita una comunicación rápida, descentralizada y global, lo que ayuda a que las luchas sean más visibles. Pero también pone a los grupos en riesgo de vigilancia por parte del gobierno, censura y la propagación de noticias falsas. Esta doble cara nos invita a repensar las maneras en que resistimos, para mantenernos unidos y efectivos en el activismo actual.

En este capítulo se ha explorado cómo la llegada de las herramientas digitales ha influido en la organización y difusión de los movimientos sociales, considerando tanto los beneficios como los desafíos que enfrentan en las circunstancias actuales.

En primer lugar, se identificó cómo las plataformas digitales hacen que la comunicación sea más inmediata y, a su vez, permiten una colaboración efectiva. Además de cómo ha proporcionado una base para que los movimientos sociales visibilicen los problemas de la sociedad, protesten contra las injusticias e incluso construyan redes de apoyo.

Además, se destacó la importancia de la descentralización en la toma de decisiones y el establecimiento de comunidades virtuales, fortaleciendo la identidad común y el sentido de pertenencia. No obstante, también se expusieron las limitaciones y los riesgos potenciales: la desinformación, la manipulación de datos, la censura digital y la vigilancia estatal, que ponen en riesgo la seguridad de los activistas y la eficacia de las campañas sociales.

Esto sugiere que de este análisis nos permita identificar que, aunque las herramientas digitales han alterado radicalmente la estructura de los movimientos sociales, su uso estratégico y responsable es necesario para maximizar sus ventajas y minimizar su susceptibilidad. Igualmente, resulta importante conectar la

brecha digital para permitir una participación inclusiva y equitativa en la acción colectiva.

Capítulo III. Transformaciones sociales desde la protesta digital: espacio, construcción colectiva, narrativas e incidencia en la formulación de política pública

En los últimos años, la Ciudad de México ha experimentado, sin duda, una reconfiguración profunda en las formas de movilización social, debido a la creciente relación e interacción entre el espacio físico y los medios digitales. La protesta social ha transformado los espacios como calles y plazas, para migrar a los entornos virtuales que han funcionado como escenario de la acción política donde la articulación de demandas se difunde rápidamente, se articulan redes de apoyo y se ejerce una presión directa a las instituciones. La interrelación entre lo presencial y digital ha desencadenado un espacio donde la capacidad organizativa, dinámica y acción de grupos, movimientos y sindicatos sea visibilizado.

Dentro de este marco, las manifestaciones no solamente ocupan espacios, sino que también los enriquecen con nuevos significados, convirtiéndolos en espacios de resistencia, pero sobre todo de memoria. Tan solo un hashtag, por ejemplo, puede adquirir el peso simbólico de una plaza pública, así en un espacio urbano, físicamente alterado, permanece en el imaginario colectivo gracias a la circulación de medios digitales. El resultado de la interacción de estos dos planos genera un tejido de significados, fortaleciendo las causas de los grupos o colectivos y amplificando su alcance.

Este capítulo se estructura en tres apartados. El primero, analiza cómo las protestas digitales resignifican el espacio social mediante la apropiación simbólica, lo que permite visibilizar y denunciar demandas e injusticias, considerando el entorno físico-digital. El segundo, examina la forma en que estas movilizaciones fomentan la formación de identidades colectivas, autonomía, así como de conciencia compartida entre los miembros, explorando la interconexión entre la interacción digital y cohesión social. Y, por último, el tercero se centra en el análisis de las

narrativas que surgen en los espacios digitales, observando su capacidad para incidir en la opinión pública y en la capacidad para influir en la formulación de políticas públicas.

Con esto, se busca entender cómo la protesta social digital, va más allá de visibilizar, sino que, funge como una estrategia que reconfigura el espacio, fortalece la identidad colectiva y construye narrativas y discursos con la capacidad de incidir en las estructuras institucionales y en la sociedad en su conjunto.

III. 1 Resignificación del espacio social en la protesta social

La llegada de las redes sociales ha cambiado la forma en que los movimientos sociales ocupan y le dan un nuevo significado al espacio público. Ahora, el espacio social no es algo fijo, sino una construcción en constante cambio, donde lo simbólico, lo material y lo digital se mezclan e influyen entre sí. Como dice Henri Lefebvre (2013), “El espacio debe entenderse como resultado de una producción social. No hay un espacio neutral: cada forma espacial surge de prácticas sociales que le otorgan sentido y poder. El espacio es un campo de batalla donde se enfrentan representaciones, intereses y símbolos” (p. 129). Por eso, las plataformas digitales se convierten en nuevos espacios de disputa y donde los colectivos hacen apropiaciones simbólicas que visibilizan sus demandas, modificando así la esfera pública.

Respecto al caso de #UnDíaSinNosotras (2020), donde, aunque las mujeres no salieron a las calles, su presencia en redes fue masiva. La ausencia física y la saturación en las redes sociales se combinaron para transformar esa protesta en un acto político que tuvo impacto a nivel nacional. Como explica Luis Villoro (1992), “El espacio político se crea allí donde las personas excluidas se hacen visibles, donde pueden exigir reconocimiento. Ese espacio no existe solo por las instituciones, sino que lo crea la acción colectiva” (p. 85). La movilización digital cambió la percepción tanto de la calle como del ciberespacio, demostrando que el Estado no pudo garantizar los derechos básicos de las mujeres.

La Ley Olimpia es otro ejemplo de cómo se resignificó el espacio digital. Los movimientos feministas lograron poner en el foco una violencia que ocurría precisamente en internet y lograron que esto se convirtiera en un tema en la agenda legislativa nacional. Como dice Lefebvre (2013), “Apropiarse del espacio significa transformarlo y producirlo. Cada vez que alguien se apodera de un espacio, genera una nueva representación social que reemplaza a las anteriores” (p. 142). De esta forma, el espacio digital dejó de ser solo un medio de comunicación para convertirse en un lugar de acción política, llevando a cambios en las leyes a nivel nacional.

La protesta por Giovanni López (2020) muestra claramente cómo lo físico y lo digital se complementan en un proceso de resignificación. La indignación que empezó en redes sociales se trasladó rápidamente a las calles de Guadalajara y luego volvió a circular en línea como una forma de registro y memoria de la protesta. Como dice Erich Fromm (1962), “El ser humano se define por su praxis, por su capacidad de transformar el mundo a través de la acción. No hay verdadera conciencia si no se refleja en la práctica, y la práctica cambia tanto al que actúa como a su entorno” (p. 67). La acción colectiva en este caso hizo que la calle se convirtiera en un espacio de resistencia y las redes sociales en lugares de denuncia y memoria.

Por otro lado, el tiempo de la protesta en la era digital ha cambiado mucho. Movimientos como #NiUnaMás y #8M2021 no solo ocurren en el día de una marcha física, sino que su impacto sigue vivo a través de la circulación de imágenes, mensajes y testimonios que circulan en las redes sociales. Villoro (1992) dice que: “La modernidad solo existe cuando las personas crean espacios de libertad que cuestionan el orden establecido y dibujan un futuro diferente” (p. 93). La protesta en línea da un nuevo significado a estos espacios, manteniendo vivas las demandas feministas mucho después de la marcha, formando una memoria colectiva que se actualiza todo el tiempo.

Este cambio también ayuda a crear identidades colectivas. Cada hashtag funciona como un símbolo que une a personas dispersas en una causa común. Como dice Lefebvre (2013): “El espacio no es solo lo físico. También es el mundo de las ideas, los símbolos y los imaginarios que definen quiénes somos y cómo nos relacionamos

en comunidad” (p. 155). Por eso, movimientos como #NiUnaMás hacen que temas personales se vuelvan políticos, creando comunidades digitales donde las personas se reconocen entre sí en la lucha contra la violencia de género.

También vemos esto en la defensa de la democracia, como con #ElINoSeToca (2022–2023). Las marchas grandes en plazas públicas y la viralización del hashtag ayudaron a crear un sentido de comunidad política que defiende las instituciones electorales. Fromm (1962) explica aquí que: “El verdadero ser humano no es aquel que vive aislado, sino el que, junto a otros, comparte y construye el mundo como algo común. La alienación empieza cuando se pierde ese vínculo colectivo” (p. 74). En este contexto, lo digital cambió el espacio en un lugar donde la gente puede sentirse parte de la ciudadanía, frente al riesgo de que el poder se concentre demasiado.

Compartir narrativas refuerza nuestro sentido de identidad. Ryszard Kapuściński (2002) dice que “Los pueblos necesitan relatos que los unan. Sin historias compartidas, una sociedad se fragmenta en individuos aislados. El testimonio es lo que permite que el sufrimiento de uno se convierta en causa de muchos” (p. 53). En el caso de #JusticiaParaChely, la madre de la víctima contó lo que pasó frente a la negligencia de las instituciones, y esa historia se convirtió en un mensaje colectivo que exige justicia. Además, el espacio digital se resignificó en un lugar donde la comunidad y la resistencia se fortalecen.

La protesta digital cambia la forma en que vemos nuestro entorno social porque hace visibles las identidades colectivas en los espacios públicos. Según Lefebvre (2013): “El espacio no solo refleja quiénes somos, sino que también muestra y pone en escena las relaciones de poder. Permite que las personas reconozcan quiénes son y qué pueden hacer” (p. 168). Las movilizaciones en redes sociales modifican la esfera pública al proyectar esas identidades y hacer que los medios de comunicación y las instituciones no puedan ignorarlas.

En este proceso, las narrativas digitales influyen directamente en la política. Por ejemplo, la Ley Olimpia cambió la forma en que se entiende la violencia digital, al

darles un nombre y reconocerla como un problema estructural. Kapuściński (2002) insiste en que: “Ponerle nombre a una injusticia es el primer paso para poder luchar contra ella. Lo que no tiene nombre, no existe en la calle ni en los medios” (p. 47). Así, el espacio digital no solo puso en evidencia la violencia, sino que también ayudó a crear un discurso que obligó a las instituciones a enfrentar y atender esa problemática.

La narrativa del #ElINoSeToca también presionó al Estado, porque construyó un relato en el que defender la democracia era visto como defender el futuro del país. Villoro (1992) dice que “El poder no es legítimo cuando ignora las voces que surgen del espacio social. La protesta es el recordatorio de que la autoridad debe justificarse permanentemente ante quienes le otorgan existencia” (p. 107). Aquí, el significado que se le dio a lo digital convirtió a las redes en un espacio donde la legitimidad del poder se puso en duda.

La influencia de cambiar el significado del espacio digital se ve claramente en las leyes. Movimientos como la Ley Olimpia o la Ley 3 de 3 contra la violencia (2023) mostraron cómo la presión en redes sociales llevó a cambios en las leyes. Como explica Lefebvre (2013): “El espacio que las personas toman y resignifican se vuelve la base de nuevas instituciones, ya que ninguna forma de poder puede sostenerse sin el apoyo de la sociedad” (p. 174). La apropiación del espacio digital por los colectivos resultó y se materializó en leyes que modificaron el marco jurídico mexicano para responder a estas demandas.

Este impacto también ayuda a ampliar lo que llamamos la esfera pública. Fromm (1962) dice que “La verdadera libertad consiste en participar en la construcción del mundo en que vivimos. Cuando las personas hablan y actúan juntas, dejan de ser simples objetos pasivos y se convierten en protagonistas de la historia” (p. 80). Las protestas en línea cambian el espacio público, permitiendo que ciudadanos comunes creen mensajes que pueden influir en la opinión pública y en las decisiones políticas.

La forma en que entendemos y le damos significado al espacio digital se puede ver en tres niveles diferentes: el simbólico, donde los hashtags resumen las distintas luchas; el identitario, donde se crean comunidades de resistencia; y el político, donde las historias que compartimos en las redes influyen en la opinión pública y en las decisiones políticas. Como dice Villoro (1992): “El espacio político es siempre la arena de la emancipación o de la opresión. Allí donde los pueblos se expresan, el poder debe rendir cuentas” (p. 107). La protesta en línea ayuda a ampliar los derechos de ciudadanía y a cambiar la manera en que la democracia funciona hoy en día.

III.2 Construcción de identidades colectivas en la era digital

La identidad colectiva en los movimientos sociales no aparece espontáneamente, sino que se construye a través de luchas compartidas, símbolos y narrativas que unen a las personas. En la era digital, esta formación se ve profundamente afectada por cómo interactuamos en las redes sociales, donde hashtags, fotos y testimonios permiten que individuos dispersos encuentren un sentido de pertenencia común. Como decía Henri Lefebvre (2013): “El espacio social no es solamente un lugar de tránsito; es el campo donde los sujetos se reconocen, se diferencian y se organizan. Toda identidad se construye en relación con un espacio que la hace visible” (p. 155). Así, el ciberespacio funciona como un espacio simbólico donde las identidades colectivas se fortalecen, trascendiendo la individualidad.

Un ejemplo claro de esta construcción es el movimiento #UnDíaSinNosotras (2020), donde millones de mujeres participaron en un paro nacional para denunciar la violencia de género. La acción fue más que una simple protesta: fue un acto que fortaleció la identidad, reafirmando que ser mujer en un país con altos niveles de violencia feminicida es una condición común. Luis Villoro (1992) señala: “La identidad de un grupo no se descubre pasivamente, sino que se forma en la lucha y el reconocimiento mutuo. Es en la acción colectiva donde las personas se descubren iguales y diferentes al mismo tiempo” (p. 101). El paro, tanto en línea como físicamente, resignificó el ser mujer en una identidad política y colectiva.

La Ley Olimpia también muestra cómo se construye la identidad colectiva, en especial alrededor de la experiencia compartida de sufrir violencia digital. Los testimonios de mujeres que habían sido víctimas de la difusión no consentida de material íntimo resonaron en las redes sociales, ayudando a convertir experiencias individuales en una causa común. Como explica Fromm (1962): “El hombre se convierte en sujeto cuando trasciende la pasividad y reconoce en su experiencia personal una condición que comparte con otros. Esa conciencia lo libera de la alienación y lo convierte en protagonista de su historia” (p. 74). La identidad de “mujeres que exigen justicia digital” se fortaleció como una fuerza social y política capaz de influir y transformar las leyes mexicanas.

La idea de identidad colectiva no se limita solo al género. Por ejemplo, en el caso de “Justicia para Giovanni” (2020), la reacción frente a la violencia policial generó un sentido de comunidad en las personas que se vieron reflejadas en la lucha contra el abuso de poder. Kapuściński (2002) menciona: “El testimonio es el puente que convierte la desgracia de uno en la causa de todos. Cuando una sociedad hace suyo el sufrimiento de otro, se convierte en comunidad” (p. 53). Las redes sociales hicieron que el relato de Giovanni llegara a más gente y lo reinterpretaron como un símbolo de abuso institucional, logrando que miles se sintieran identificados como posibles víctimas de la represión.

El movimiento #NiUnaMás / #8M2021 demuestra que la identidad colectiva también vive en la memoria. Cada año, las marchas del 8 de marzo se realizan en las calles y en las redes sociales, fortaleciendo el sentido feminista como un proceso histórico que está en constante cambio. Villoro (1992) dice: “La identidad colectiva se afirma en la continuidad de la memoria, en el reconocimiento de una historia común que otorga sentido al presente y proyecta un futuro” (p. 85). Así, el 8M no es solo un día en el calendario, sino también un ritual de reafirmación que se refuerza en los espacios digitales.

La protección de la democracia, como en #ElINoSeToca, también generó un sentido de comunidad, aunque no todos coincidieran de la misma forma. Sin embargo, quienes participaron compartían un valor importante: el derecho a votar

libremente. En este caso, el lazo se basa en la diversidad, ya que personas de diferentes sectores sociales se identificaron con esa misma idea. Fromm (1962) explica: “La verdadera libertad consiste en unirse con otros en un proyecto común que trasciende las diferencias individuales y que reconoce en la diversidad una riqueza y no una amenaza” (p. 80). Las redes sociales ayudaron a unir a estos diferentes grupos, creando una identidad plural que gira en torno a la democracia.

Construir identidades colectivas en la era digital también tiene que ver con cómo entendemos los espacios simbólicos. Según Lefebvre (2013): “El espacio no solo refleja identidades, también las produce. Los símbolos, los signos y los relatos que circulan en un espacio social crean sentido de pertenencia” (p. 168). Hashtags como #NiUnaMás o #JusticiaParaChely no solo sirven para nombrar una causa, sino que también ayudan a formar comunidad, haciendo que quienes los usan se vean como parte de una misma identidad compartida.

El ejemplo de #JusticiaParaChely muestra claramente cómo un testimonio puede convertirse en una identidad colectiva fuerte. La voz de la madre de la víctima, enfrentándose a la negligencia institucional, se transformó en un símbolo de resistencia y en un estandarte para miles de mujeres y grupos que compartían su dolor. Kapuściński (2002) recuerda: “La voz que se levanta contra la injusticia no es solo de un individuo; se vuelve patrimonio de todos cuando logra expresar un sufrimiento común” (p. 47). El espacio digital le dio un nuevo significado a esa voz, convirtiéndola en parte de una identidad colectiva contra la impunidad.

También, en las protestas digitales, la identidad colectiva se va formando a través de la narración historias. Cada publicación, cada testimonio y cada video se convierten en formas de construir esa identidad. Villoro (1992) dice: “La identidad se construye en el discurso, en la capacidad de nombrar y narrar lo que compartimos como comunidad. Cuando hay relato compartido, aparece la identidad” (p. 93). Los movimientos en línea, al multiplicar relatos sobre injusticias, crean una narrativa que ayuda a consolidar identidades colectivas en el espacio público.

La creación de identidades colectivas en las redes también puede ser vista como una forma de liberación. Para Fromm (1962): "El hombre libre es aquel que se reconoce en unión con otros, y descubre que su libertad también depende de la libertad de todos. La identidad colectiva, en ese sentido, es una liberación compartida" (p. 85). En protestas como #Ley3de3ContraViolencia, los colectivos feministas no solo peleaban por cambiar leyes, sino que también fortalecían la identidad como un grupo de mujeres que no aceptan a agresores en la política.

La identidad, en realidad, no es algo estático; se va formando a través de lo que hacemos y se va modificando con cada lucha. Lefebvre (2013) dice que: "El espacio es siempre un proceso, nunca un producto terminado. Lo mismo ocurre con las identidades: se construyen, se disputan y se resignifican en la práctica social" (p. 174). Cada movimiento en redes sociales es una oportunidad para reafirmar y reorganizar las identidades colectivas, que cambian según los contextos y las necesidades nuevas.

Esta forma en que construimos nuestra identidad no solo ayuda a fortalecer a los grupos, sino que también afecta lo que incide en la esfera pública y en los medios. Cuando una identidad colectiva logra ser visible, obliga al Estado y a las instituciones a darles una respuesta. Villoro (1992) dice que: "Cuando una identidad que se comparte se muestra públicamente, cambia la política, porque hace que quienes están en el poder reconozcan a quienes antes pasaban desapercibidos" (p. 107). En México, las protestas en línea han logrado establecer identidades feministas, ciudadanas y democráticas que cambian lo que los políticos ponen en su agenda.

La fuerza de estas identidades de grupo también reside en la manera en que se narran las historias. Kapuściński (2002) resalta que: "El poder de un movimiento no solo depende de cuántas personas tenga, sino de la historia que puede contar. Una buena historia puede movilizar más que cualquier estadística" (p. 61). Los movimientos digitales crean esas historias compartidas que hacen que cada identidad sea un relato que puede influir en cómo la gente piensa y en las decisiones políticas.

En ese sentido, las identidades colectivas no solo son categorías sociales, sino que también son fuerzas que llaman la atención y que influyen políticamente. Cuando se reconocen en la calle o en línea, participan en las leyes, en los cambios en las instituciones y en las transformaciones culturales. Fromm (1962) dice que: "Una persona se vuelve parte de la historia cuando su identidad va más allá de lo personal y se afirma como una fuerza colectiva que puede cambiar la realidad" (p. 90). La identidad colectiva que se forma en las redes sociales, por eso, es una herramienta poderosa para el cambio político.

En conclusión, crear identidades colectivas en la era digital es un proceso complicado que involucra espacio, narrativas y acción colectiva. Lefebvre, Villoro, Fromm y Kapuściński coinciden en que las identidades se construyen en la acción, en la memoria y en la voz que compartimos. Los ejemplos en México —como la Ley Olimpia, #ElINoSeToca o #JusticiaParaChely— muestran que las protestas en digitales no solo visibilizan las demandas, sino que también crean identidades colectivas que construyen narrativas que tienen un impacto real en la esfera pública y en las políticas públicas.

III.3 Narrativas digitales y su incidencia en la esfera pública y en las políticas públicas

La narrativa es una parte fundamental en las protestas digitales, ya que no solo expresan lo que la gente pide, sino que también crean maneras de entender colectivamente lo que está pasando. Como dice Henri Lefebvre (2013), "El espacio se convierte en escritura social, en una trama de signos y símbolos que dan forma a la experiencia. Nombrar y relatar es ya transformar el espacio, pues todo relato es una apropiación simbólica" (p. 155). En tiempos digitales, las historias que circulan en las redes no son solo discursos: se convierten en espacios que le dan nuevo significado a la percepción pública y que presionan directamente a los gobiernos y las instituciones.

Un ejemplo sería el caso de la Ley Olimpia (2020–2021). La historia que se construyó en redes sociales sobre la "violencia digital" ayudó a que muchas mujeres compartieran experiencias similares y las transformaran en una causa política.

Como menciona el *Heraldo de México* (2025) “La Ley Olimpia logró, a partir de la presión en redes sociales, que el Congreso de la Unión reformara el Código Penal y la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia” (párr. 3). Este relato común cambió y resignificó la idea de lo privado a algo público y lo que antes parecía invisible se volvió algo urgente, demostrando que las narrativas digitales pueden influir en las decisiones políticas.

Las historias también están conectadas a la memoria compartida. El movimiento #UnDíaSinNosotras no solo llamó a un paro general, sino que creó un relato donde la ausencia de las mujeres era la forma más fuerte de denunciar el feminicidio y la violencia de género. Luis Villoro (1992) dice: “El relato de una comunidad no es accesorio, es el fundamento mismo de su identidad y de su fuerza. Allí donde el poder calla, el relato de los pueblos reconstruye la legitimidad” (p. 107). La historia del paro cambió la manera en que vemos el espacio social, significándolo como lugar de denuncia y también como memoria colectiva que se actualiza cada año.

Las historias digitales no solo describen, sino que también desafían a quienes tienen poder. En el caso de “Justicia para Giovanni”, las denuncias en redes llevaron un caso local de abuso policial a convertirse en un símbolo nacional contra la violencia del Estado. Kapuściński (2002) expresa que: “El poder teme a la palabra porque la palabra nombra lo que quiere mantener oculto. Cuando una voz se convierte en relato colectivo, ese relato se transforma en acusación” (p. 47). La historia sobre Giovanni López obligó a revisar los protocolos policiales y puso en la agenda pública el tema de la represión.

No obstante, las movilizaciones feministas han demostrado una y otra vez lo poderoso que puede ser el uso de la narrativa digital. Cada 8 de marzo #NiUnaMenos/#8M2021, las redes sociales se llenan de historias que hablan de violencia, resistencia y esperanza, haciendo que la marcha se convierta en un evento globalizado, así como constante. Fromm (1962) explica que: “El hombre se vuelve un sujeto histórico cuando toma conciencia de su condición común y la expresa mediante un relato que termina en acción. La narrativa colectiva es una

práctica discursiva" (p. 90). Las narrativas feministas en redes no son solo denuncias: son actos de praxis que transforman la conciencia social y presionan a las instituciones.

La narrativa también funciona como una estrategia para darle legitimidad en el espacio público. Por ejemplo, el movimiento #ElINENoSeToca, construyó un relato en el que la defensa de la democracia se convirtió en una historia compartida que unió a personas con diferentes posturas políticas. Como señala Villoro (1992): "La legitimidad no está en la fuerza de las instituciones, sino en su capacidad para responder a los relatos que reflejan las aspiraciones de los pueblos" (p. 93). La narrativa de "defender al INE" no solo fortaleció una identidad compartida, sino que también influyó en el debate en el Congreso, llevando a la Suprema Corte a invalidar gran parte del llamado "Plan B" electoral.

Un ejemplo más es la narrativa en torno a la Ley 3 de 3 contra la violencia. Grupos feministas y ciudadanos construyeron un relato en el que los agresores y los responsables de deudas alimentarias eran señalados públicamente como indignos de representar a la gente. Según *La Razón Online* (2024): "La narrativa de la 'Ley 3 de 3' logró imponerse en el espacio público como una demanda ética que no puede esperar: ningún agresor debe ocupar un cargo público" (párr. 2). Esta historia de dignidad y justicia llevó a una reforma constitucional, mostrando claramente cómo el discurso digital influye de manera directa en la creación de nuevas políticas públicas.

El poder de las narrativas digitales está en que pueden hacerse virales, pero también en su valor simbólico. Lefebvre (2013) destaca que: "Un símbolo en el espacio no es solo una imagen: es una condensación de prácticas, memorias y utopías. Cuando un símbolo se comparte, transforma el espacio donde circula" (p. 168). Hashtags como #JusticiaParaChely o #NiUnaMenos representan luchas que

vienen de mucho tiempo atrás, y resignifican el espacio social como un lugar de denuncia y esperanza.

En este proceso, las narrativas digitales funcionan como formas de apropiación simbólica que desafían el significado de la realidad. Fromm (1962) lo señala claramente al afirmar: “Toda praxis comienza en un relato. Cuando los hombres narran juntos su experiencia, ya están transformando la realidad, porque han dejado de ser meros objetos de ella” (p. 90). Las narrativas alrededor de temas como la violencia de género, la democracia o la impunidad son relatos que influyen en cómo la sociedad percibe y actúa frente a estos problemas.

En el cuadro 7 se muestran algunos de los ejemplos más importantes de protestas sociales digitales en México desde 2020 hasta 2024. Estos ejemplos ayudan a entender cómo las movilizaciones en la calle y en internet se complementan y se refuerzan mutuamente. Este tipo de activismo muestra cómo las causas se multiplican en las redes sociales, aumentando su visibilidad y generando una mayor presión hacia las instituciones del Estado.

Cuadro 7. Protestas sociales digitales y su impacto en las políticas públicas.

Año	Protesta Social Digital	Tema	Impacto en Medios Digitales/Físicos	Impacto en Políticas Públicas	Seguimiento del movimiento
2020–2021	Ley Olimpia	Violencia digital y ciberacoso	Masiva viralización. Apoyo en redes, especialmente de colectivos feministas. Cobertura constante de medios nacionales.	Se aprobó la Ley Olimpia en los 32 estados de la República. Se reformó el Código Penal Federal y la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia.	Continúa mediante medios digitales, así como en la regulación y capacitación a jueces y magistrados respecto al tema legislativo.

2020	#UnDíaSinNosotras	Feminicidios y violencia de género	Paro nacional tanto en espacios digitales como físicos. Red de apoyo por medio de empresas, medios de comunicación, etc.	La cámara de diputados reconoció el 09 de marzo como el <i>Día Nacional Sin Nosotras</i> .	La convocatoria persiste y continúa la lucha del movimiento cada 09 de marzo visibilizando y denunciando el tema de violencia de género.
2020	Justicia para Giovanni	Abuso policial	Viralización de denuncias. Se llevaron a cabo protestas físicas llevándolas a los medios digitales.	Generó la revisión de protocolos de detención. De igual manera, se procesó a policías y se fortaleció el mecanismo de control policial en Jalisco.	Después de la resolución de la Comisión Nacional de Derechos Humanos de Jalisco, aún no se lleva a cabo una resolución, por lo que persiste la lucha.
2021	#NiUnaMás / #8M2021	Violencia contra las mujeres	Tendencia de participación masiva en espacios físicos. Alto alcance en TikTok, Twitter e Instagram.	Se impulsaron reformas locales para tipificar tentativas de feminicidio y crear fiscalías especializadas en el tema de género.	Cada año, el movimiento alista marchas a nivel nacional para seguir evidenciando la impunidad y el aumento de feminicidios en el país.
2022–2023	#ElINENoSeToca / #NoAlINE	Defensa del INE (democracia)	Marchas en espacios públicos con alta cobertura tanto en medios tradicionales como en medios digitales.	La Suprema Corte invalidó gran parte del “Plan B” electoral. Los legisladores moderaron las propuestas electorales.	Ante la aprobación de La Nueva Reforma Electoral, el movimiento se ha dispersado y ahora han cambiado la postura por dirigirse negativamente en contra de esta nueva reforma.

2023	#Ley3de3ContraViolencia	Candidaturas de agresores	Apoyo y presión en medios digitales por colectivos feministas y sociedad civil. Así como presencia de manifestación en espacios físicos.	Se aprobó la Ley 3 de 3, que prohíbe a deudores alimentarios o agresores ser candidatos a cargos públicos.	Después de la aprobación de la ley en el senado, se ha realizado el llamado al cumplimiento del
2024	#JusticiaParaChely	Feminicidio y negligencia institucional (Oaxaca)	Tendencia nacional en medios digitales, así como de coberturas en medios locales y nacionales.	Se reabrieron investigaciones, se removieron funcionarios omisos y se impulsó una reforma local sobre atención a víctimas de feminicidio.	En 2023, después de casi 10 años, Javier N. fue detenido, ante los amparos presentados por sus abogados, no se ha dado una sentencia, sin embargo, la lucha por parte de la madre continúa exigiendo transparencia por parte de la fiscalía

Elaboración propia sobre la base de Díaz (2023); El País (2020); Esparza (2025); Forbes México (2023); Herald de México (2022, 2025); Huacus (2024); La Razón Online (2024); Sosa y Ramos (2025); Telediario Guadalajara (2025).

Este cuadro nos muestra algo muy claro: las protestas digitales ahora juegan un papel central en cómo cambia nuestro espacio social. Son una mezcla de acciones entre lo físico y la viralidad en redes, que juntas impulsan la lucha social. Movimientos como la Ley Olimpia y #UnDíaSinNosotras marcaron un antes y un después en los derechos de las mujeres, logrando cambios en las leyes de todo el país. Por otro lado, #ElINENoSeToca demuestra cómo la gente puede unirse para defender la democracia frente a los intentos de centralización del poder. Casos como 'Justicia para Giovanni' y Justicia para Chely muestran que las campañas digitales potentes ayudan a que se vean los abusos y a pedir justicia, manteniendo vivas esas causas en la opinión pública. En definitiva, las protestas digitales no solo cambian el uso de los espacios públicos y en línea, sino que también transforman

cómo ciudadanos, medios y el gobierno interactúan, convirtiéndose en una herramienta clave para influir en las decisiones políticas.

Finalmente, se puede decir que las narrativas digitales cambian la forma en que vemos nuestro espacio social, resignificándolo en un lugar donde las demandas ciudadanas se expresan con fuerza en lo simbólico, ético y político. Como explica Villoro (1992): “El espacio político es siempre narrativo: es el lugar donde se cuentan las historias de emancipación o de opresión. El poder se legitima o se derrumba en función de los relatos que circulan” (p. 107). En la sociedad mexicana moderna, las narrativas digitales han demostrado ser una herramienta clave para influir en la esfera pública y en la creación de políticas públicas, consolidando la protesta digital como un actor importante en la transformación social.

Conclusiones

Analizar las protestas sociales permitió entender de manera más completa cómo las redes sociales han cambiado la forma en que las personas participan en acciones colectivas y cómo esto influye en las decisiones de los gobiernos y las políticas públicas. Durante el análisis, se mostró que las plataformas digitales no son solo medios para comunicarse, sino espacios donde surgen nuevas maneras de organizarse, expresarse y resistir, rompiendo con las ideas tradicionales sobre el activismo y la participación ciudadana.

Una de las principales conclusiones es que las protestas modernas en la ciudad tienen un carácter muy híbrido. Las marchas, plantones y movilizaciones en la calle siguen siendo importantes para que la gente vea y escuche sus demandas, pero ahora están mucho más conectadas con el mundo digital, donde se planean, se amplifican y se les da nuevos significados. La combinación entre lo físico y lo virtual ha creado un campo de acción más amplio, permitiendo que los movimientos sociales trasciendan las barreras físicas y tengan un impacto mucho mayor que antes.

También se encontró que las redes sociales han sido fundamentales para formar nuevas ideas sobre la política. Gracias a estas plataformas, personas y grupos han podido expresar identidades, recuerdos y sentimientos que fortalecen el sentido de comunidad y lucha compartida. Esta parte subjetiva es muy importante porque ayuda a que las movilizaciones tengan cohesión y a crear discursos colectivos que puedan cuestionar al Estado y a la sociedad en general.

Además, se mostró que el uso de las redes sociales ha ampliado la opinión pública, dando visibilidad a grupos que históricamente han sido marginados. Movimientos feministas, estudiantiles y ciudadanas han encontrado en lo digital un espacio para denunciar injusticias y pedir cambios en las estructuras sociales. Estas acciones han influido en la agenda pública, haciendo que temas que antes no eran tomados en cuenta, ahora sean centrales en los debates políticos y sociales. Así, las protestas sociales digitales no solo complementan las acciones en las calles, sino que también sirven para legitimar y presionar a las instituciones.

Por otro lado, los resultados muestran que el activismo digital puede ser efectivo, pero tampoco está exento de sus límites y desafíos. La influencia de los algoritmos, la censura, la vigilancia estatal y la manipulación de la información revelan que las redes sociales son lugares en los que se cruzan intereses políticos y económicos, así como relaciones de poder. Esto significa que los movimientos sociales no siempre logran su objetivo completo y que es importante pensar en estrategias de resistencia que ayuden a mantener la autonomía digital y la legitimidad de sus demandas.

Otro punto importante que se identificó en la investigación es cómo las movilizaciones digitales han tenido un impacto tangible en la política pública. Durante el período analizado, varias protestas lograron impulsar cambios en las leyes, abrir espacios para el diálogo con las instituciones o presionar a los gobernantes para que respondieran a sus peticiones. Esto demuestra que las redes sociales, si se usan con estrategia, pueden ser canales efectivos de incidencia política, y no solo como protestas simbólicas o acciones momentáneas.

De esta forma, se logró el objetivo principal, que era entender cómo las redes sociales han cambiado las formas de protesta social y cómo influyen en las políticas públicas. Los resultados muestran que el activismo digital ha ampliado su capacidad de influir, ha dado nuevos sentidos a los espacios de protesta y ha llegado a formar parte de la agenda gubernamental. Esto confirma que es importante estudiar la protesta considerando tanto lo que pasa en las calles como en las plataformas digitales.

La investigación también aporta ideas valiosas para reflexionar sobre cómo funciona la democracia y la participación ciudadana. La aparición de protestas híbridas –que combinan acciones en línea y en persona– muestra la necesidad de repensar los canales tradicionales de representación, y de reconocer el papel central que tienen los movimientos sociales en construir sociedades más justas e inclusivas. En este escenario, las redes sociales son una herramienta con doble filo: fortalecen la participación, pero también pueden favorecer dinámicas de exclusión y control que, sin duda alguna, deben ser enfrentadas.

Un aspecto importante que se destaca en este trabajo es que la protesta social no es solo un acto de oposición; también es un proceso creativo que genera nuevos espacios, identidades y narrativas, capaces de proponer formas alternativas de justicia y democracia. Las luchas que analizamos durante este período dejan que la ciudadanía no solo reaccione ante los poderes y sus dinámicas, sino también que crea propuestas de cambio que inciden en lo público y generan importantes transformaciones.

En resumen, podemos decir que las redes sociales han cambiado de manera significativa cómo se llevan a cabo las protestas sociales. Estas plataformas han ampliado tanto su alcance como su influencia en la política. Sin embargo, estos cambios ocurren en un escenario que también está en disputa, donde la tecnología se usa tanto para innovar como para vigilar y controlar, y donde los movimientos ciudadanos buscan libertad, pero también enfrentan intentos de ser cooptados. La protesta digital es un tema complejo que todavía necesita ser entendido desde diferentes perspectivas críticas y multifacéticas.

Finalmente, este trabajo destaca lo importante que son los movimientos sociales en la política y en la creación de políticas públicas. Su capacidad para usar tanto espacios físicos como digitales les ha permitido adaptarse a los cambios y mantenerse fuertes como actores que impulsan el cambio. En resumen, la principal conclusión es que, en la era digital, las protestas sociales no solo han cambiado, sino que han encontrado en las redes sociales un espacio donde pueden apropiarse de él, darle un nuevo significado a la acción colectiva y abrir caminos hacia una sociedad más justa, inclusiva y democrática.

Referencias

- Almeida, P., & Cordero, A. (2017). *Movimientos sociales en América Latina: Perspectivas, tendencias y desafíos*. *Revista Mexicana de Sociología*, 79(4), 673–701.
- Aviña, A. (2014). *Movimientos sociales y acción colectiva en México*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Bennett, W. L. (2012). La política de la protesta digital. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, (98), 13–32.
- Butler, J. (2017). *Cuerpos aliados y lucha política: Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Paidós.
- Castells, M. (2009). *Comunicación y poder*. Alianza Editorial.
- Castells, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza: Los movimientos sociales en la era de Internet*. Alianza Editorial.
- Castañeda, E. (2017). *La era del activismo digital*. UNAM.
- Certeau, M. de. (2000). *La invención de lo cotidiano I: Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana.
- Della Porta, D., & Diani, M. (2015). *Los movimientos sociales* (2.^a ed.). Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Deibert, R., Palfrey, J., Rohozinski, R., & Zittrain, J. (2010). *Acceso controlado: El poder, los derechos y la regulación en el ciberespacio*. Editorial UOC.
- Fromm, E. (1962). *Marx y su concepto del hombre*. Fondo de Cultura Económica.
- Fernández, C. (2016). *Acción colectiva y protesta social en América Latina*. FLACSO.
- Fernández, C. (2020). *Tecnopolítica y movimientos sociales*. CLACSO.
- Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido* (30.^a ed.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1970)
- Gohn, M. da G. (2010). *Movimientos sociales y educación*. Siglo XXI Editores.
- González, R. (2018). *Movimientos sociales y espacio público*. UNAM.
- Gunther, R. (1992). *Élites y democracia*. Alianza Editorial.

- Gutiérrez, F. (2019). *Participación política y redes digitales*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa* (Vols. I–II). Taurus.
- Harlow, S. (2013). Redes sociales y movimientos sociales. *Comunicación y Sociedad*, (20), 25–48.
- Harvey, D. (2000). *Espacios de esperanza*. Akal.
- Harvey, D. (2012). *Ciudades rebeldes: Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Akal.
- Hernández, A. (2016). *Ciudadanía, protesta y espacio público*. UNAM.
- Holston, J. (2008). *Ciudadanía insurgente: Disyunciones de la democracia y la modernidad en Brasil*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Huerta-Wong, J. E., & Gómez, R. (2013). *Desigualdad y participación política en México*. FLACSO.
- Jenkins, H. (2008). *Cultura de la convergencia: Los medios de comunicación en la era digital*. Paidós.
- Kapuściński, R. (2002). *Los cínicos no sirven para este oficio: Sobre el buen periodismo*. Anagrama.
- Lee, F., & Ting, H. (2021). *Medios, protesta y acción colectiva*. Gedisa.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Maldonado, C. (2010). *Movimientos sociales y cambio político*. Siglo XXI Editores.
- Marcuse, H. (2009). *La dimensión estética*. Biblioteca Nueva.
- Martínez, L. (2019). *Medios digitales y protesta social*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Martínez, L. (2021). *Activismo digital y espacio público*. UNAM.
- Mendoza, A. (2018). *Redes sociales y acción colectiva*. UNAM.
- Mitchell, D. (2015). *El derecho a la ciudad: Justicia social y la lucha por el espacio público*. Traficantes de Sueños.
- Morales, L. (2017). *Movimientos sociales contemporáneos*. Universidad Autónoma Metropolitana.

- Morozov, E. (2011). *El desengaño de Internet: Los mitos de la libertad en la red*. Katz Editores.
- Morozov, E. (2018). *Capitalismo de datos*. Enclave de Libros.
- Offe, C. (1992). *Nuevos movimientos sociales*. Sistema.
- Pariser, E. (2017). *El filtro burbuja: Cómo la red decide lo que leemos y lo que pensamos*. Taurus.
- Pérez, G. (2015). *Protesta social y política en México*. UNAM.
- Ramírez, J. (2017). *Acción colectiva y participación ciudadana*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Robertazzi, M., et al. (2019). *Movimientos sociales y redes digitales en América Latina*. CLACSO.
- Rodríguez, P. (2020). *Marcos interpretativos y movilización social*. UNAM.
- Roldán, M. (2016). *Espacio urbano y protesta social*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Ruiz, A. (2024). *Activismo digital y democracia*. UNAM.
- Sánchez, R. (2006). *Movimientos sociales y ciudadanía*. Siglo XXI Editores.
- Santos, B. de S. (2023). *El futuro comienza ahora: De la pandemia a la utopía*. Akal.
- Sampedro, V. (2014). *El cuarto poder en red: Por un periodismo (de código) libre*. Icaria.
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento: Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza Editorial.
- Tarrow, S. (2010). *Movimientos sociales y política contenciosa*. Alianza Editorial.
- Tilly, C. (2004). *Los movimientos sociales, 1768–2004*. Crítica.
- Toret, J. (2013). *Tecnopolítica: La potencia de las multitudes conectadas*. Icaria.
- Tufekci, Z. (2017). *Twitter y los gases lacrimógenos: El poder frágil de las redes sociales*. Debate.
- Van Dijck, J., Poell, T., & de Waal, M. (2019). *La sociedad de las plataformas: Valores públicos en un mundo conectado*. Gedisa.

Villoro, L. (1992). *El pensamiento moderno: Filosofía del Renacimiento*. Fondo de Cultura Económica.

Ziccardi, A. (2018). *La participación ciudadana en la era digital*. UNAM.

Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia*. Paidós.